

972.85
S127c
U

Canal de Nicaragua

por

Vicente Sáenz

Conferencias y Discusiones de Mesa Redonda,
Paraninfo de la Universidad Nacional de México,
Julio 24 de 1929.

Talleres Gráficos "Michocacán",
58. San Jerónimo, 187 R.
MEXICO, D. F.

El Canal de Nicaragua

por

Vicente Sáenz

**Conferencias y Discusiones de Mesa Redonda,
Paraninfo de la Universidad Nacional de México,
24 de Julio de 1929.**

**Talleres Gráficos "Michoacán".
5a. San Jerónimo 137 B.
MEXICO, D. F.**

942.85
S127e
U

Sistema de Bibliotecas-UCR



121444

Centro América está atravesando por uno de los momentos más críticos y trascendentales de su historia. La construcción del Canal de Nicaragua, según los términos del Tratado ilícito Bryan-Chamorro, acabará sin remedio con las cinco repúblicas istmeñas.

Si los centroamericanos conscientes no abren los ojos y defienden el porvenir de sus pueblos, enfrentándose a la realidad con toda decisión, en el curso de muy pocos años la América del Centro habrá dejado de existir.

No será lo más grave que desaparezca un pequeño grupo de naciones indefensas, que al fin y a la postre siempre han sido los débiles pasto de los fuertes, sino que los gobernantes de aquellas repúblicas sean los más sumisos servidores y aliados del imperialismo, y que con su indiferencia se hagan cómplices del crimen estadistas e intelectuales de gran influencia en la opinión pública centroamericana.

Bélgica pudo ser destruida pero jamás envilecida durante la guerra europea. El caso actual de Centro América es por desgracia bien distinto. Allí han hecho escuela los Chamorros y los Moncadas.

Queda sin embargo la esperanza de que hagan sentir su fuerza los elementos representativos del alma nacional centroamericana.

Si después de haber agotado cuanto medio disponible estuvo a nuestro alcance se impone la violencia; si a pesar de todos los esfuerzos el imperialismo nos domina con su poder aplastante; si no se escucha y antes al contrario se ahoga la voz de la razón, quedará constando al menos en la Historia que no fueron los mismos centroamericanos quienes entregaron su independencia, convencidos de que más valía ser huérfanos de patria, huérfanos de madre, que hijos de madre prostituida.

¡Que al fin de cuentas sepa el mundo que pudimos como Bélgica ser destruidos, pero jamás envilecidos!

121444 a.3
20 ABR. 1972

1-2
12-1

Antecedentes

Desde los' albores del siglo pasado comenzó a ser objeto de largos estudios y de serias preocupaciones la construcción de una vía interoceánica a través de Panamá, Tehuantepec o Nicaragua.

Se pensaba entonces que esta magna empresa fuese una obra internacional, de positivos beneficios para el progreso de la humanidad, libre del dominio absoluto de una sola gran Potencia y sin otra soberanía, por consiguiente, que la del Estado que ofreciera al mundo parte de su territorio para hacer la unión del Pacífico con el Atlántico.

Aaron Clark, Alcalde de la ciudad de Nueva York, hacía ver en 1838 la conveniencia de que su Gobierno entrase en negociaciones con Nueva Granada, Centro América y las más importantes naciones europeas, con el fin de llevar a cabo entre todos los gigantescos trabajos de canalización.

El Presidente Van Buren comisionó a John L. Stephens para que estudiara sobre el terreno las diferentes rutas practicables. Stephens hizo recomendación calurosa del proyecto a través de Nicaragua, pero el Ejecutivo norteamericano decidió posponer sus ofertas por las condiciones anormales que allí prevalecían.

Entabláronse años después gestiones firmes cerca del Gobierno de Nueva Granada, que culminaron el 12 de diciembre de 1846 con el Tratado de Amistad y Comercio Mallarino-Bidlak. De acuerdo con el artículo 35 de este Convenio Washington obtuvo derecho de tránsito por el Istmo de Panamá; Nueva Granada conservaba la propiedad y soberanía del territorio que pudiera ocuparse; y el Gobierno de Estados Unidos quedaba obligado a garantizar no

sólo dicha soberanía sino también la completa neutralidad del Istmo.

El cambio de ratificaciones tuvo lugar en la capital saxoamericana el 10 de junio de 1848, con intervención de los plenipotenciarios Herran y Buchanan. A la sombra de este Protocolo quedó organizada en 1850 la "Panamá Railroad Company", que poco tiempo más tarde tenía ya en operación los primeros kilómetros del ferrocarril interoceánico.

Mientras se negociaba el Convenio Mallarino-Bidlak que daría acceso a los Estados Unidos en Panamá, mexicanos y anglosajones se hallaban envueltos en la guerra de 1846 y 1847, como consecuencia de la anexión de Texas en 1845 por el Gobierno de Washington. Los resultados de esta desigual contienda son de sobra conocidos: México perdió la mitad de su territorio, teniendo que firmar el Tratado de Paz de Guadalupe Hidalgo el 2 de febrero de 1848.

No satisfecho sin embargo el Presidente Polk con la enorme extensión arrebatada a sus vecinos, pretendió obtener además el derecho de construir vías interoceánicas en Tehuantepec, mediante el pago de cinco millones de dólares. Al efecto llevaba en su poder el Comisionado Trist un Protocolo adicional, en el que esta concesión quedaba incluida entre las condiciones de paz.

Hacia la misma fecha el Secretario de Estado Buchanan giraba instrucciones al Ministro norteamericano Saunders en Madrid, para que ofreciese hasta cien millones de dólares a España por la isla de Cuba. Y a la vez entraba Washington en arreglos urgentes con Nicaragua, encaminados a que el Gobierno de la pequeña República centroamericana le otorgara autoridad exclusiva para construir canales, ferrocarriles u otras vías de comunicación a través de su territorio.

Esta nueva política norteamericana, francamente expansionista, hizo arrugar el ceño a la Gran Bretaña que también tenía interés en la apertura de un canal que uniese a los dos océanos, y que le diera por lo menos relativa pre-

ponderancia tanto en el Atlántico como en el Pacífico. No podía mirar con buenos ojos el Gobierno de Londres que el de Estados Unidos quisiera controlar todas las rutas, en virtud de la posición geográfica de sus dominios en tierras y aguas de América: Canadá, Honduras Británica, Bahamas, Bermudas, Jamaica, Antillas Menores y Guayana Inglesa.

El Presidente Polk invocaba entretanto a su favor la Doctrina de Monroe, dándole desde 1848 la torcida interpretación en que hoy se apoya el imperialismo para proteger sus intereses y justificar sus atropellos, con mengua y no en defensa del resto del Continente.

Sea por evitar serios conflictos con la poderosa Albión, o porque los estadistas norteamericanos no respaldaban la novísima tesis monroista ni el expansionismo de la Casa Blanca, es lo cierto que no pudo ratificarse el Tratado de 1849 con Nicaragua; y que por excederse en sus funciones al negociarlo, fué más bien destituido de su posición diplomática el Encargado de Negocios en Managua, Elijah Hise.

Fallido por otra parte el proyecto de dominar en Tehuantepec; y desechada rotundamente por el Ministro de la Corona española, marqués de Pidal, la proposición del Gobierno norteamericano para comprar la isla de Cuba, no pudo realizar sus sueños el Presidente Polk, que se adelantó medio siglo al concebir y querer llevar a la práctica lo que estaba reservado a sus lejanos sucesores McKinley, Roosevelt, Taft y Woodrow Wilson.

Tratados Clayton-Bulwer, Cass-Irizarri, Ayon-Dickinson, etc.

El 19 de abril de 1850 John M. Clayton, Secretario de Estado de la Federación saxoamericana, y Sir Henry Lytton Bulwer, Representante de Su Majestad Británica, firmaron el conocido Tratado que lleva el nombre de ambos plenipotenciarios, deseando los dos gobiernos poner fin a las dificultades y discusiones anteriormente referidas.

Este Tratado Clayton-Bulwer en que estaba prevista la apertura del Canal por empresas privadas, bajo la pro-

tección y garantía de todas las naciones que quisieran adherirse para mantener su neutralidad, era semejante en no pocos de sus aspectos al plan establecido posteriormente en la Convención de Constantinopla de 1888, para regular el Canal de Suez.

Washington y Londres se obligaron a no obtener ni mantener para sí ningún control sobre la ruta canalera que se construyese por la vía del Río San Juan de Nicaragua; a no levantar fortificaciones para dominarla; a no ocupar ni colonizar la costa de Mosquitia, Nicaragua, Costa Rica o el resto de Centro América; a no ejercer dominio alguno sobre los Estados del Istmo centroamericano; a usar sus buenos oficios con los gobiernos de esa parte del Continente, a través de cuyo territorio pasaría el Canal, para que facilitaran su construcción en la inteligencia de que la grande obra quedaría garantizada como ruta inviolable por su neutralidad; y a extender invitaciones a cada uno de los países con quienes una y otra de las Partes Contratantes mantenían relaciones amistosas, con objeto de que entrasen en arreglos semejantes y así se pudiera dividir, entre el mayor número posible de naciones, el honor de haber contribuido a una empresa de tal importancia y de tan magno interés universal.

Contraieron asimismo el compromiso aquellas dos Potencias de ofrecer su más amplia protección a la persona o compañía que, con la venia de los gobiernos interesados de la América del Centro, procediese a abrir el Canal; y estuvieron de acuerdo en que dicha protección se hiciera también extensiva a favor de las otras rutas practicables de Panamá y Tehuantepec.

“The American Atlantic and Pacific Ship Canal Company”, controlada por intereses de los Vanderbilt, fué la primera gran empresa particular que obtuvo derecho de tránsito por el Río San Juan y logró, aunque con escalas, hacer servicio de transporte interoceánico. Pero el contrato con Nicaragua fué anulado el 18 de febrero de 1856 por el filibustero William Walker, quien otorgó la concesión a sus protectores Morgan y Garrison. Estos nuevos empresarios, a causa de la guerra centroamericana contra el fili-

busteris
de trab

El

nicarag

cio y N

dos Ur

por agu

cación

ridad y

El

perfecc

y Tom

citada

Protoco

Ná

hington

clusivo

que Ni

irrestric

Grand

No

Hayes,

ración:

tico al

consinta

potencia

cia de

aquellos

viesen

Se

Clayton

tención

adverten

construi

de la co

del Gob

busterismo anglosajón, no pudieron llevar a cabo sus planes de trabajo.

En noviembre de 1858 Washington y el Ejecutivo nicaragüense celebraron el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación Cass-Irizarri. Nicaragua concedió a Estados Unidos derecho de tránsito a través de su territorio, por agua o por tierra, usando cualquier medio de comunicación existente o que pudiera ser establecido bajo la autoridad y soberanía del Gobierno de Managua.

El 21 de junio de 1867, seguramente por no haber sido perfeccionado el anterior Convenio, Andrew B. Dickinson y Tomás Ayón, Secretario de Relaciones Exteriores de la citada República centroamericana, suscribieron un nuevo Protocolo en términos parecidos al de 1858.

Nótese que en ambos Tratados solamente obtuvo Washington derecho de tránsito, sin pretender un control exclusivo de la ruta de mar a mar que pudiera construirse, ya que Nicaragua se reservaba pleno dominio y soberanía irrestricta sobre la comunicación interoceánica proyectada.

Grandes Obras Canaleras de Lesseps en Panamá y de Menocal en Nicaragua

No fué sino hasta en marzo de 1880 que el Presidente Hayes, en su mensaje al Congreso, hizo la siguiente declaración: "La política de este país requiere un Canal del Atlántico al Pacífico bajo nuestro control, no siendo posible que consintamos en su abandono y lo dejemos al dominio de potencias europeas." E insinuaba a continuación la urgencia de entrar en negociaciones equitativas y liberales con aquellos gobiernos del viejo mundo que a ese respecto tuviesen Tratados con el de Washington.

Se refería sin duda el Presidente Hayes al Tratado Clayton-Bulwer, pudiendo también afirmarse que fué intención del mandatario saxoamericano descorazonar con su advertencia a los capitalistas franceses que se aprestaban a construir el Canal de Panamá, conforme a los términos de la concesión que Lucien Bonaparte Wise había obtenido del Gobierno de Colombia el 20 de marzo de 1878.

En 1881, a pesar de las frases elocuentes del Presidente Hayes, quedó por fin organizada y puso manos a la obra la "Compañía Universal del Canal de Panamá", dirigida por el ilustre ingeniero Ferdinand Lesseps.

¿Trataría el Departamento de Estado norteamericano de contrarrestar la influencia inevitable de Francia en el Istmo panameño, al celebrar otro arreglo con Nicaragua en diciembre de 1884, no ya de simple tránsito sino para ejecutar trabajos definitivos de canalización? Según lo convenido en este nuevo Protocolo el Canal sería propiedad de las dos Partes Contratantes, lo que implicaba sin duda una clara violación del Tratado de 1850 con Inglaterra.

Porque la Gran Bretaña interpuso sus objeciones una vez más, o porque todavía el sentimiento público de Estados Unidos no consideraba indispensable el control de esta ruta canalera, o por ambas razones, lo único en resumen que a ciencia cierta se sabe es que en 1885 la Casa Blanca retiró aquella negociación del conocimiento del Senado. Adujo como motivo máximo, para respaldar su actitud, que semejante alianza perpetua con una nación extranjera se oponía a la política tradicional de los Estados Unidos.

En 1887 A. G. Menocal y otros capitalistas, en su mayoría de Norte América, obtuvieron por parte de Nicaragua la concesión para abrir la ruta canalera; y por tener Costa Rica en ella derechos territoriales que serían afectados, los concesionarios celebraron en 1888 un contrato análogo con esta República.

Menocal incorporó su empresa en 1889, cuando quebraba ruidosamente la de Lesseps, con el nombre de "The Maritime Canal Company of Nicaragua." Los trabajos empezaron en octubre del mismo año, continuando sin interrupción hasta 1893 en que por falta de fondos tuvieron que suspenderse.

Pareciera que las dos compañías estuviesen empeñadas en ardorosa competencia de fracasos, porque así como Menocal dió comienzo a sus grandes obras a través de Nicaragua en 1889, precisamente al interrumpir las suyas en Panamá la corporación francesa, ésta se volvió a reorganizar

en 1894, pocos meses después de haberse agotado el dinero de los empresarios norteamericanos.

No habiendo tenido tampoco éxito la "Compañía Nueva del Canal de Panamá", llegó un momento en que los accionistas de la ruta panameña y los de la ruta por Nicaragua volvieron sus ojos a Washington como única barquilla de salvación, ofreciéndole sus propiedades y todas sus franquicias.

El Gobierno de Estados Unidos nombró una comisión de ingenieros y de peritos para que estudiase las propuestas e investigara cuál de los dos trazados ofrecía mayores ventajas. Los expertos encontraron más practicable la vía de Panamá pero recomendaron la de Nicaragua, en vista del alto precio, \$ 109.141.500, en que valoraban los franceses sus derechos e inversiones.

No obstante la urgencia de ambas compañías por llegar a un pronto arreglo, la Administración Americana no se daba prisa, calculaba sin precipitación, pesaba y medía cuidadosamente las posibilidades de triunfo o de fracaso.

Rehuía por lo visto el Gobierno de Estados Unidos llamar en su auxilio a la Doctrina de Monroe, para lanzarse de lleno en una aventura problemática. En realidad no había sonado aún la hora fatal, la hora decisiva de la expansión a toda costa, del imperialismo sin freno que todo lo atropella y avasalla.

Guerra Contra España. — Zona de Influencia en el Caribe

El 21 de abril de 1898, por razones de humanidad en favor de los insurgentes cubanos y con pretexto de la voladura del "Maine", estalló la guerra de Estados Unidos contra España. Abrióse a la sazón inevitablemente, con el triunfo de Washington, la gran zona de influencia norteamericana en el Caribe.

El Protocolo de 12 de agosto de 1898; el Tratado de Paris de 10 de diciembre del mismo año; la Enmienda Platt adoptada el 12 de junio de 1901; el Tratado de la Haba-

na de 22 de mayo de 1903, fueron los primeros, sazonados frutos del bélico conflicto con la madre patria.

Según estas Convenciones se quedó la Potencia victoriosa con Puerto Rico y otras islas hasta entonces españolas, acá en su vecindario; y con Guam y Filipinas en el Océano Pacífico.

Cuba, que tan heroicamente había luchado por su independencia, apenas logró que se le concediese a medias el 20 de mayo de 1902, teniendo que someterse de lleno al control de Estados Unidos en la Constitución que regiría sus destinos; obligándose a vender o arrendar al Gobierno de Washington tierras y aguas para estaciones navales y carboníferas en puntos determinados, como Bahía Honda y Guantánamo; prometiendo anticipadamente suscribir y ratificar en un Convenio internacional su estado semisoberano (Cláusula VIII de la Enmienda Platt), lo que dió origen y sirve de explicación al antes referido Tratado de la Habana de 22 de mayo de 1903.

De manera que los ejércitos del Presidente McKinley abrieron la senda imperialista en el Archipiélago antillano; y por derecho de conquista, por derecho del vencedor sobre el vencido, obtuvieron para su país pleno dominio o jurisdicción política y económica no sólo sobre Cuba, sino en realidad sobre una extensión territorial apenas comparable a la que México tuvo que entregar por el Tratado de Guadalupe Hidalgo de 1848.

Quedó pues realizada con un costo menor, y más bien con grandes y seguras ventajas materiales para Estados Unidos, la proposición que cincuenta años antes había hecho a España el Presidente Polk.

Declaraciones de Mc Kinley sobre la Ruta Interoceánica.— Tratados Hay-Corea, Hay-Calvo y Hay-Pauncefote

Simultáneamente comenzó a desarrollar el Gobierno norteamericano su franca política de exclusivismo en la cuestión canalera, política estratégica que expuso en las siguientes palabras de su mensaje de 1898 el Presidente Mc-

Kinley: "La construcción del Canal interoceánico es más que nunca indispensable a las comunicaciones rápidas entre nuestras costas del Oeste y del Oriente. La seguridad nacional de los Estados Unidos exige que esta obra sea dominada por nosotros."

Ya no estaba de acuerdo el poderoso Gobierno en ceñirse a la pauta pregonada por Aaron Clark, seguida por Van Buren, mantenida con la destitución de Elijah Hise, protocolizada en el Tratado con Inglaterra. Dominaba por el contrario en Washington, diez lustros después, el espíritu audaz y agresivo del Presidente Polk. Había llegado el momento de la expansión, trascendental para las débiles naciones comprendidas dentro del área que el imperialismo necesitaba controlar.

Ciertamente que el Tratado Clayton-Bulwer era un obstáculo que se oponía a los designios de la invasión norteamericana, pero el 5 de febrero de 1900 se concluyó un nuevo Convenio entre Estados Unidos y la Gran Bretaña, por el que se anularon las obligaciones mutuas que en 1850 habían contraído ambas Potencias.

A continuación, sin pérdida de tiempo, entabló negociaciones el Gobierno saxoamericano con las Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica. El 1º de diciembre del mismo año (1900) el Secretario de Estado, John Hay, y el Ministro nicaragüense en Washington, Luis F. Corea, celebraron un Protocolo en que los dos gobiernos se comprometían a entrar en arreglos definitivos para fijar el plan y establecer en detalle las condiciones necesarias para la construcción del Canal, en la parte de territorio que pertenece a Nicaragua. Estipulábase además en este compromiso que cuando el Presidente de Estados Unidos estuviese autorizado por la ley para proceder en firme, se definiría acerca de la propiedad y control de la ruta interoceánica.

El propio día 1º de diciembre de 1900, húmeda la tinta del anterior Convenio, el ya referido Secretario de Estado Hay y el Ministro de Costa Rica, Joaquín Bernardo Calvo, firmaron otro Protocolo exactamente igual en redacción al negociado con Nicaragua, por afectar el proyecto canalero territorio costarricense.

Había entretanto puesto Inglaterra algunos reparos al Convenio arriba citado de 5 de febrero, hasta que finalmente Lord Pauncefote, Representante de Su Majestad Británica, y el activo y laborioso Secretario norteamericano de Relaciones Exteriores, John Hay, suscribieron el Tratado de 18 de noviembre de 1901 que reza en síntesis:

“Deseosas las Partes de facilitar la construcción de un Canal entre el Atlántico y el Pacífico, por cualquiera de las rutas practicables, y para remover las objeciones que pudieran presentarse por el Tratado Clayton-Bulwer a efecto de que el Canal sea construido bajo los auspicios del Gobierno de los Estados Unidos, Gran Bretaña conviene en que lo lleve a efecto, sea directamente y a su propio costo, o por donación o préstamo de dinero a individuos o compañías, o adquiriendo acciones, por lo que sólo Estados Unidos gozará de los derechos inherentes a esa construcción, como el derecho exclusivo de mantener, regular y administrar el referido Canal.”

Washington estaba satisfecho. Al pié de la letra y a medida de sus deseos se iban desarrollando todos los números del programa. Cancelados los compromisos del Tratado Clayton-Bulwer, ya podía construir el Canal sin ingerencias extrañas y levantar fortificaciones para dominarlo. Es cierto que su neutralidad se mantenía en el Pacto Hay-Pauncefote, pero garantizada exclusivamente por el Gobierno de Estados Unidos, bajo su completo dominio, bajo el control más absoluto de la Potencia anglosajona.

Dificultades de Washington con Colombia.—Tratado Hay-Herrán.—Independencia de Panamá

Nuevas comisiones de peritos daban el último vistazo a las dos rutas, y oían las propuestas definitivas de los empresarios fracasados en Panamá y en Nicaragua. Había que decidirse a la mayor brevedad, tomar con urgencia una resolución final para proceder sobre la marcha a la apertura de la grande obra.

Comprendió el Departamento de Estado que ni Costa

Rica, ni el Presidente Zelaya de Nicaragua, estaban dispuestos a renunciar a la soberanía sobre el territorio que pudiera necesitarse; y pudo asimismo comprobar el señor coronel Roosevelt que los gobernantes de ambos países se acogían a los Protocolos Hay-Calvo y Hay-Corea de 1° de diciembre de 1900, en los que no se estipulaba abandono alguno de derechos soberanos o de integridad territorial.

Por Panamá se resolvió a la postre Washington, al conseguir el 4 de enero de 1902 que los franceses bajarán sus pretensiones a \$ 40.000.000. Pocos meses después, el 28 de junio, autorizó el Congreso de Estados Unidos al Presidente para adquirir, dentro de un término razonable, el control del territorio colombiano necesario para la ruta canalera.

Como en Centro América, tampoco era posible que transigiese el Gobierno de Bogotá con las absurdas exigencias del imperialismo, que pugnaba por obtener autorización para ocupar las islas Naos, Perico, Culebra y Flamenco; por establecer tribunales y servicio de policía norteamericanos en la proyectada zona del Canal; y aun porque se pusieran bajo su autoridad las ciudades de Panamá y Colón.

Sin embargo, ante el peligro de perderlo todo y como prueba indubitable de que Colombia no negaba su cooperación a la magna empresa, se firmó el 22 de enero de 1903 el Tratado Hay-Herrán, en cuyo texto se insertaron algunas de las estipulaciones ya mencionadas.

Este Convenio fué ratificado en menos de dos meses, 17 de marzo de 1903, por los senadores norteamericanos. Pero en octubre, sin aprobarlo, clausuró sus sesiones el Congreso de Colombia, en donde el sentimiento público lo condenaba abiertamente con tanta mayor razón cuanto que el Ministro de Estados Unidos, Beaupré, había querido imponerle con torpes amenazas y con notas oficiales cargadas de insolencia.

La suerte empero estaba echada; Washington no podía detenerse; el imperialismo no iba a retroceder por tan pequeña cosa como ha de ser para los fuertes la negativa de quienes no disponen de acorazados ni de cañones de largo alcance para defender sus derechos.

El 3 de noviembre se proclamó la independencia de Panamá. El Gobierno Americano reconoció a la nueva República el 6, apenas transcurridas 72 horas desde que el Consejo Municipal panameño había lanzado su famoso manifiesto separatista.

Marinos de los Estados Unidos respaldaron sin tardanza la resolución del Presidente Roosevelt, violando y retorciendo escandalosamente la letra y el espíritu del Tratado de 1846. ¡Fueron desembarcados en el Istmo para proteger y mantener neutral la zona del ferrocarril interoceánico, oponiéndose a que las fuerzas de Colombia metieran en cintura a los traidores!

Tratado Bunnau-Varilla

El 18 del propio noviembre John Hay y el ciudadano francés Philippe Bunnau Varilla, que ya se encontraba en Washington esperando su nombramiento de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la flamante República de Panamá, suscribieron el ignominioso Tratado conocido con el nombre del audaz "diplomático" extranjero, que en esa forma salvaba sus inversiones en la fallida Compañía francesa.

El llamado Gobierno Provisional de Panamá ratificó la inaudita negociación el 2 de diciembre inmediato, sin tiempo bastante para tener en sus manos y estudiar debidamente el documento original, ya que en esa época no contaba el mundo con servicios rápidos de aviación. Por su parte el Senado Americano tuvo más escrúpulos, si caben los escrúpulos dentro del atropello y el despojo, no ratificando la monstruosidad de este crimen sino en 23 de febrero de 1904, en la inteligencia de que la autorización concedida al Presidente para ponerse de acuerdo con Colombia pudo ser usada legalmente al tratar con la República panameña, por cuanto a este último país pertenecía cuando se firmó el Tratado el territorio necesario para la construcción del Canal.

Así nació Panamá: engendrada por el imperialismo en el vientre de la traición; del concubinato de Roosevelt con

la Comuna istmeña; bajo el dominio completo de los Estados Unidos; vendiendo y entregando jirones de su territorio; prestándose de lleno a la voluntad de Washington; sometiéndose, en una palabra, a las condiciones vergonzosas del Tratado Bunnau-Varilla, cuyo artículo primero apenas puede considerarse como amarga ironía: "El Gobierno de Estados Unidos se obliga a garantizar y mantener la independencia de la República de Panamá."

Y así, irremediabilmente, fatalmente, quedó también abierta la zona de influencia en Centro América poco tiempo después que en el Caribe.

La Tragedia de Nicaragua. — Marineros y Acorazados en Acción

Dominado a la postre por el Gobierno Americano el Canal de Panamá, surgió entonces un nuevo problema para los dirigentes de la política francamente imperialista de Estados Unidos: la necesidad de proteger militarmente la grande obra, evitando al mismo tiempo que la ruta del Río San Juan cayera en manos de intereses europeos.

A este fin el coronel Roosevelt comisionó al capitalista y cazador de concesiones en Centro América, Washington S. Valentine, amigo personal del Presidente Zelaya, para que tratara el delicado asunto con el gobernante nicaragüense.

La respuesta negativa de Zelaya a las pretensiones del mandatario anglosajón, que quería imponer a Nicaragua un Tratado semejante al Bunnau-Varilla, marcó el principio de la tragedia en esa infortunada República centroamericana.

Roosevelt, a quien en su propio país se hacía objeto de las más severas críticas con motivo del zarpazo a Colombia, prefirió suspender actividades en Nicaragua. Pero la siguiente Administración, encabezada por Taft e inspirada por su Secretario de Estado Knox, adoptó el mismo sistema que tan brillante éxito tuvo en Panamá de entrar en arreglos con revolucionarios, para dominar la ruta del Río San Juan.

En octubre de 1909 estalló la rebelión en la Costa Atlán-

tica de Nicaragua. Marineros del "Dubuque", del "Paducah" y de otros barcos de guerra norteamericanos cooperaron activamente con los insurrectos, obstaculizando en toda forma a las fuerzas de Zelaya de manera que no pudiesen de belar el movimiento rebelde.

Para no entrar aquí en detalles de esta sangrienta lucha, baste decir que diez meses después ya estaban gobernando en Managua los hombres escogidos y apoyados por el imperialismo de Washington. Y que en 1912 tomó caracteres épicos la desigual contienda, al levantarse en armas el pueblo nicaragüense, seguido por patriotas de Guatemala, El Salvador, Honduras y Costa Rica, contra el régimen oprobioso impuesto por el Gobierno saxoamericano.

Tuvo Washington que acudir en auxilio de sus protegidos, desembarcando en esa victimada sección de Centro América 3,000 marineros y 125 oficiales de los barcos de guerra "California", "Colorado", "Cleveland", "Annapolis", "Tacoma", "Glacier", "Denver" y "Buffalo".

Fué al cabo deshecha esta gran rebelión nacionalista con la toma de Coyotepe por el ejército que comandaba el Coronel J. H. Pendleton, y con la muerte del héroe sacrificado en su propio territorio por soldados extranjeros, Benjamín Zeledón, precursor glorioso de Sandino.

Dueños finalmente del "gobierno constitucional" los instrumentos criollos del imperialismo encabezados por Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro, empezó con ellos sus negociaciones la Administración norteamericana para obtener la perseguida ruta canalera, así que ya todas las finanzas del país estaban controladas por banqueros de Wall Street en connivencia con la Casa Blanca.

Tratado Weitzel-Chamorro

Por conducto no oficial llegó a conocimiento del Gobierno de Costa Rica que el de Nicaragua había celebrado un Convenio canalero secreto, el Chamorro-Weitzel de 8 de febrero de 1913, con el emisario del Ejecutivo Federal norteamericano. Se supo además que el Congreso nicaragüense,

en sesiones secretas desde luego, ratificó dicho Convenio a principios de abril del mismo año.

Siendo ese acto violatorio de los Tratados existentes, el Ministro de Costa Rica en Washington elevó el 17 de abril formal protesta diplomática ante la Secretaría de Estado contra el ajuste, por parte de Nicaragua, de la mencionada Convención.

A requerimiento del Representante de Costa Rica en Managua contestó el Ministro de Relaciones Exteriores, Diego Manuel Chamorro, en 12 de junio de 1913, que este Protocolo se mantenía en secreto por atenciones de carácter internacional, y que tratándose como se trataba de un Pacto no finalizado, le era imposible hacer declaraciones oficiales de ninguna especie.

El Senado norteamericano estaba entretanto discutiendo la referida negociación, que al fin rechazó por considerar que con ella se establecía un protectorado tácito sobre la República de Nicaragua; en atención a las protestas de Costa Rica, El Salvador y Honduras; y porque en el concepto de varios prestigiosos senadores el régimen de Adolfo Díaz, impuesto por los "blue jackets", no representaba la voluntad de los nicaragüenses.

Tratado Bryan-Chamorro

Pero el imperialismo no echó pie atrás. Si desde 1909 había sembrado la revolución en Nicaragua para poner en el gobierno a sus aliados; si ya estaba en la presidencia su fiel servidor, Adolfo Díaz; si a petición de este hombre incomparablemente abyecto, todo de común acuerdo, 3.000 marinos patrullaban a la pequeña república y lo sostenían en el poder, ¿iban a desmayar la Casa Blanca y el Departamento de Estado por la actitud de un ala del Capitolio? ¿Era posible que amainasen sus ímpetus canaleros, no teniendo otro objeto cuanto habían hecho y atropellado que la adquisición de la ruta interoceánica?

Se comprende entonces que un año después, el 5 de agosto de 1914, firman Washington y Managua un nuevo

Pacto, el definitivo, que se conoce con el nombre de Tratado Bryan-Chamorro. Se negoció como el anterior, en medio del más estricto sigilo, tanto de una como de la otra parte. Y aunque le fué suprimida la cláusula de protectorado, sufrió tan rudos ataques en sesiones secretas del Comité de Relaciones Exteriores de la Alta Cámara norteamericana, que el Departamento de Estado optó por archivarlo.

Transcurrieron el resto de 1914 y todo el año de 1915 sin que se volviese a saber nada del asunto. Pero en febrero de 1916 los periódicos de Estados Unidos anunciaron que el Tratado canalero con la República de Nicaragua sería sometido a los senadores para su estudio y aprobación.

En vista de esas publicaciones la Legación de Costa Rica en Washington se apresuró a enviar al Departamento de Estado una amplia nota, en la que pedía al Gobierno de la Casa Blanca que se sirviera evitar el perfeccionamiento del Convenio de referencia, por ser abiertamente opuesto a los Tratados vigentes entre Costa Rica y Nicaragua.

Gestiones semejantes hicieron los Ministros de El Salvador y de Honduras, por considerar que sus derechos en el Golfo de Fonseca estaban siendo lesionados. Y el abogado de la Legación costarricense, Harry W. Van Dyke, publicó un memorándum dirigido al Senado.

Fracasaron empero todos estos esfuerzos, pues el 18 del mismo mes y año, febrero de 1916, se ratificó y promulgó en el Capitolio el Tratado suscrito en Washington el 5 de agosto de 1914 por William Jennings Bryan, Secretario de Estado de los Estados Unidos, y Emiliano Chamorro, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Nicaragua.

De tres artículos ignominiosos consta esta venta de la soberanía centroamericana:

En el artículo I. Nicaragua cede a perpetuidad y para siempre al Gobierno de Estados Unidos, libres de todo impuesto u otra carga pública, los derechos de propiedad necesarios para la construcción, funcionamiento y conservación de un canal interoceánico por la vía del Río San Juan y del

Gran Lago de Nicaragua, o por cualquiera otra ruta del territorio nicaragüense.

En el artículo II Nicaragua da en arriendo a Estados Unidos las dos islas del Mar Caribe conocidas por Islas del Maíz, durante 99 años; y le concede por igual lapso de 99 años el derecho de establecer, explotar y mantener una base naval en el Golfo de Fonseca. El Gobierno de Washington podrá renovar el arriendo por otros 99 años, siendo expresamente convenido por las Altas Partes Contratantes que el territorio arrendado y la base naval estarán sujetos a las leyes y soberana voluntad de los Estados Unidos.

En el artículo III se establece el pago de tres millones de dólares en beneficio del Gobierno de Nicaragua.

Como puede observarse, ya no era bastante para el imperialismo el control de la ruta canalera. Quiso además Washington y obtuvo de sus protegidos el dominio del Golfo de Fonseca, sin consultar siquiera a los conductores. Tampoco se tomó en cuenta el parecer de Costa Rica al negociar el Río San Juan y la Bahía de Salinas, a pesar de que en Tratados anteriores, recuérdese el Hay-Calvo de 1900, siempre fueron respetados los derechos legítimos de la nación costarricense.

Díaz y Chamorro estaban echando la casa por la ventana con asombrosa esplendidez, y más hubieran concedido si más les pide el Gobierno de Washington. Se trataba de propiedades ajenas, y nada cuesta al cabo disponer de bienes que no son propios.

Protestas de Costa Rica y El Salvador.—Demanda ante la Corte de Justicia Centroamericana

Cuando se publicó en Centro América la noticia de la ratificación del Tratado Bryan-Chamorro, y se dieron a conocer las bochornosas estipulaciones que contiene, levantóse en todo el Istmo una voz unánime de condenación y de protesta contra el criminal atentado. Porque Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro, no satisfechos con negociar la soberanía

de su patria por tres millones de dólares, habían también vendido propiedades territoriales de Costa Rica, El Salvador y Honduras, comprometiendo gravemente la independencia de toda la América Central.

Con fecha 21 de febrero el Ministro de Costa Rica en Washington, y pocos días después el de El Salvador, depositaron en el Departamento de Estado un pliego de objeciones y de protesta condenando la ya consumada ratificación de un Convenio ilegal y nulo, por lesionar derechos irrefutables y encontrarse en abierta y ostensible pugna con Tratados internacionales anteriores.

El Secretario de Estado, sin pérdida de tiempo, hizo saber a las cancillerías quejas que al ratificarse el Convenio Bryan-Chamorro, el Senado norteamericano, por 55 votos afirmativos contra 18 negativos, tuvo a bien enmendar el Protocolo en la siguiente forma:

“Nada de lo que se estipula en la presente Convención tiene en mira lesionar derecho alguno existente de Costa Rica, El Salvador y Honduras, que han protestado contra la ratificación del Pacto en el temor o creencia de que éste pueda de algún modo herir sus derechos efectivos.”

No se conformaron sin embargo las naciones ofendidas con la preinserta aclaración, puesto que a la luz de la realidad esos derechos estaban ya lesionados; habían sido vendidos sin su consentimiento; formaban parte de la monstruosa contratación, ilícita desde su propio origen.

No comprendían, no podían comprender aquellos pueblos cómo pudo autorizar el Presidente Wilson, campeón mundial de peso completo en cuanto atañe a prédicas de respeto e igualdad entre grandes potencias y pequeñas nacionalidades, la consumación de semejante despojo.

No se resignó a sufrir el atropello la opinión pública de la América Central; clamó enérgicamente contra los esclavistas nicaragüenses, bautizados desde entonces con el mote de “vende patrias”; e hizo que los gobiernos de las naciones violadas demandaran al de Nicaragua ante la Corte de Justicia Centroamericana.

Esta Corte de Justicia nació en 1907 al calor de Was-

hington. Fué establecida de acuerdo con una de las Convenciones de Paz y Amistad que celebraron, en la capital de Estados Unidos, los plenipotenciarios de las cinco repúblicas istmeñas. Un representante personal del Presidente de la Federación anglosajona, William I. Buchanan, y el Embajador de México, Enrique C. Creel, estuvieron presentes durante todo el curso de las deliberaciones. De manera que Washington, con la cooperación de México, inspiró y patrocinó aquellas Conferencias que dieron vida a la Corte de Justicia Centroamericana.

¿Qué actitud asumiría el Departamento de Estado al presentarse este caso concreto, en que estaba envuelto su interés, a conocimiento del Alto Tribunal de Justicia y Arbitraje? ¿Respetaría el fallo de los jueces internacionales? ¿Echaría por tierra su propia obra si la sentencia resultare adversa, declarando la ilegalidad e ilicitud de la contratación Bryan-Chamorro?

Los "vende patrias" trataron de negar jurisdicción y competencia a la citada Corte para resolver sobre el particular, pero los integérrimos magistrados dieron curso a los alegatos de las Partes actoras. Costa Rica presentó su demanda el 24 de marzo de 1916, siendo admitida en auto del primero de mayo. El Salvador la suya el 28 de agosto, admitiéndosela en 6 de septiembre.

Violaciones Cometidas con el Tratado Bryan-Chamorro

Falló la Corte por mayoría de cuatro votos contra el del magistrado nicaragüense Gutiérrez Navas, declarando que con la negociación Bryan-Chamorro fueron violados:

a).—El Tratado de Límites Cañas-Jerez entre Costa Rica y Nicaragua, de 15 de abril de 1858, en los artículos siguientes: IV. "La bahía de San Juan del Norte, así como la de Salinas, serán comunes a ambas repúblicas. De consiguiente lo serán sus ventajas y la obligación de concurrir a su defensa. . ." VI. "La República de Costa Rica tendrá en las aguas del Río San Juan derechos perpetuos de libre navegación, desde su desembocadura en el Atlántico hasta

tres millas inglesas antes de llegar al Castillo Viejo. Las embarcaciones de uno u otro país podrán indistintamente atracar en las riberas del río en la parte en que la navegación es común, sin cobrarse ninguna clase de impuestos, a no ser que se establezcan de acuerdo entre ambos gobiernos. . . .” VIII “Nicaragua se compromete a no concluir contratos de canalización o de tránsito sin oír antes la opinión del Gobierno de Costa Rica, acerca de los inconvenientes que el negocio pueda tener para los dos países.”

b).—El Laudo Cleveland de 22 de marzo de 1888, cuyo artículo I declara ser válido el Tratado de Límites Cañas-Jerez de 1858, y cuyo artículo X reza textualmente: “Nicaragua queda obligada a no hacer concesiones para objetos de canal a través de su territorio, sin pedir primero la opinión de la República de Costa Rica.”

c).—El Tratado General de Paz y Amistad, celebrado en Washington el 20 de diciembre de 1907, en su artículo IX que a la letra dice: “Las naves mercantes de los países signatarios (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica) se considerarán en los mares, costas y puertos de los indicados países como naves nacionales; gozarán de las mismas exenciones y franquicias que éstas; y no pagarán otros derechos ni tendrán otros gravámenes que los que paguen las embarcaciones del país respectivo.”

d).—Los derechos legítimos de El Salvador y Honduras en el Golfo de Fonseca.

e).—La Constitución de Nicaragua que establece son inalienables la integridad territorial y la soberanía de la República.

El argumento de que Díaz y Chamorro sólo habían dado una opción a Estados Unidos, pudo rebatirse diciendo que ceder a perpetuidad equivale a enajenar, habiendo entonces obtenido en firme el Gobierno Americano—mediante esa cesión y el pago de tres millones de dólares—los derechos de exclusiva propiedad necesarios y convenientes para construir el canal interoceánico, incluyéndose en la enajenación las bahías de San Juan del Norte y de Salinas comunes a Costa Rica y Nicaragua.

En todos los demás considerandos demostró el Alto Tribunal, con sobra de razones, cómo y por qué no estaba capacitado el Gobierno de Nicaragua para celebrar lícitamente la negociación tantas veces referida, y cómo tampoco era aceptable la enmienda de los senadores norteamericanos, por ineficaz, puesto que la lesión se había ya consumado; porque con la dicha enmienda no se restituían las cosas al estado jurídico creado por el Tratado de Límites Cañas-Jerez, y mantenido por el Laudo del Presidente Grover Cleveland; y porque, en todo caso, al impartir su aprobación el Congreso de Managua al Tratado canalero excluyó, sin el menor escrúpulo, la enmienda citada.

Díaz y Chamorro repudiaron a la Corte y desconocieron su sentencia. La Administración Federal norteamericana levantó los hombros con desdén. Y ni por la memoria de Cleveland cuyo justiciero Laudo había sido pisoteado; ni en acatamiento de la Justicia; ni por el prestigio y el honor de los Estados Unidos, se respetó la decisión de aquel ilustre Tribunal. Herido de muerte por Washington y Managua, duerme desde entonces el sueño de los justos.

Lo que Opinan Varios Estadistas Norteamericanos.—Nueva Invasión de Territorio Nicaragüense

Queda pues demostrado que el Convenio Bryan-Chamorro no resiste examen ni sobre bases morales, ni sobre bases de legalidad, ni sobre bases de respeto al bien ajeno que las leyes de Dios y de los hombres consignan como sagrado e inviolable.

Se negociaron secretamente y a mansalva derechos de Costa Rica, El Salvador, y Honduras. Fué violada la Constitución de Nicaragua. Se ignoró y atropelló a tres naciones condueñas, así como a la gran mayoría del pueblo nicaragüense, al perpetrarse sin su consentimiento y más bien con su reprobación la venta ilícita de territorio centroamericano.

La ilicitud completa y absoluta de este Protocolo ha sido reconocida y confesada por personajes de Estados

Unidos, cuyo norteamericanismo nadie sería capaz de poner en duda. Elihu Root, a pesar de su actitud imperialista en perjuicio de Cuba como sostenedor implacable de la Enmienda Platt; el almirante Capperton, victimario despiadado de la República de Haití; los senadores Borah, King, Wheeler, Cummins, Kenyon, La Follette, Norris y Mc Cumber, entre otros, han externado con la mayor franqueza su criterio adverso a tan inícua negociación.

Vale la pena reproducir este párrafo elocuente del senador Borah, tomado de su famoso discurso de 13 de enero de 1917: "El Convenio Bryan-Chamorro es un quebrantamiento incalificable de los más elementales principios de decencia internacional. Fué hecho con nosotros mismos. El llamado Gobierno de Nicaragua no tenía poder ni autoridad para celebrarlo."

La violación sin embargo persiste. Y no obstante ser un despojo inusitado lo que encierran las cláusulas de esa compra-venta indecorosa, ya todos hemos visto y oído cómo en 1926 y en 1927 proclamó Washington sin rubor, a grandes voces, que desembarcaba otra vez marinos en Nicaragua para proteger sus derechos canaleros estipulados en la contratación Bryan-Chamorro de 1914.

De modo que la contienda armada de norteamericanos contra nicaragüenses persiguió como objeto primordial, en 1909 y en 1912, la adquisición de los referidos derechos canaleros. Y en 1926 y años posteriores no ha tenido otra finalidad aquella lucha que evitar el triunfo, a toda costa, de enemigos probables de la política "estratégica" de Washington.

O en otras palabras, Zelaya en 1909 y los patriotas centroamericanos de 1912 eran un estorbo para el imperialismo, y había que suprimirlos. Los testaferros criollos aliados de la Casa Blanca estuvieron en peligro a la sazón y en 1926, y no hubo entonces más remedio que sostenerlos en nombre del Tratado Bryan-Chamorro.

Esta última vez se enviaron a Centro América 7.500 hombres provistos de ametralladoras, cañones y parque en abundancia, 8 acorazados, 26 aeroplanos, 2 almirantes, 4 generales, 5 coroneles, 32 aviadores y más de un centenar de

oficiales. ¡Todo un enorme tren de guerra a proteger derechos que a la luz de la razón no existen, nulos de toda nulidad; y por añadidura abstractos, intangibles, contra los que nadie estaba combatiendo en campos de batalla ni bombardeando desde fortalezas inexpugnables!

Con tan dura experiencia fácilmente se comprende que los centroamericanos saquen cuentas y echen cálculos. Es decir, que hayan llegado al convencimiento de que la desaparición de los cinco Estados es algo fatal e inevitable, cuando lo que sólo consta en el papel se convierta en realidad.

Efectivamente, el dominio norteamericano del Golfo de Fonseca acabará con tres repúblicas del Istmo, y con Guatemala por arrastre. La construcción, propiedad y control exclusivo del Canal por el Gobierno de Washington; o lo que es lo mismo, el imperio absoluto de la fuerza anglosajona en la ruta canalera y territorios adyacentes, no será otra cosa que la liquidación total de Nicaragua y la sentencia de muerte para Costa Rica.

Centro América, la Centro América consciente, no es posible que se oponga a la apertura de un canal a través de su territorio, puesto que lo considera como patrimonio del género humano. Pero sí es natural que esté dispuesta a no transar con la pérdida de su soberanía ni con la destrucción de su nacionalidad, y que haga todo esfuerzo encaminado a que una obra de tal magnitud no se construya con fines en apariencia comerciales, pero en el fondo esencialmente guerreros, por una sola gran Potencia.

Pasivismo Actual Inconcebible de los Gobiernos Centroamericanos

Si los gobiernos de la América Central tuviesen clara noción de sus deberes; si bajaran de las nubes para darse cuenta de lo que pasa en el mundo; si recordaran que está jugándose el porvenir de siete millones de seres humanos, y que llevan sobre sus espaldas una tremenda responsabilidad histórica, intervendrían, habrían intervenido hace ya mu-

cho tiempo en toda esta tragedia, para reclamar a los políticos mercenarios de Managua su robo y su traición.

Habrían intervenido para defender, apoyándose en principios elementales de Justicia y de Derecho, la soberanía destrozada de aquellos pueblos que con semejantes directores pronto se quedarán sin patria.

Habrían intervenido para decir, primero a los conservadores capitaneados por Adolfo Díaz y Emiliano Chamorro, después a los liberales del nuevo Presidente José María Montcada, que no tuvieron ni tienen autoridad para ofrecer en almoneda el territorio centroamericano.

Habrían intervenido para clamar sin descanso contra el criminal Tratado de 1914, con toda la fuerza, con toda la convicción de que se está luchando por el más noble y por el más santo de los patrimonios.

Y hubieran aprovechado las propicias ocasiones que han tenido, Conferencias de Paz y Amistad de 1922, Conferencia Panamericana de la Habana, visita del Presidente electo Herbert Hoover, etc., para exponer y defender con firme e inquebrantable decisión el punto de vista de sus países, ultrajados y escarnecidos.

Pero nada de eso han hecho ni piensan por lo visto hacer, desgraciadamente, los hombres que en mala hora pilotean a Centro América. Su pasivismo, su inercia, no tienen nombre. Creen que guardando silencio rinden tributo a lo que ellos, ingenuamente, torpemente, llaman diplomacia. Demasiado pequeños para el papel que deberían desempeñar, a pesar de sus galones si son generales, o de sus títulos si sabios doctores, es lo cierto que se han tapado de ojos y oídos ante el clamor unánime de toda una raza, temerosos de comprometerse y de provocar disgusto en Washington.

Cooperación Universitaria que Podría Evitar el Sacrificio de Cinco Pueblos

Perdida, juzgando por lo que acaece, toda esperanza en gestiones oficiales, todavía queda a Centro América el

recurso de iniciar un gran movimiento de opinión para salvarse; de acudir a la juventud, a la fuerza intelectual del Continente, poderosa sin duda en la Federación anglosajona; de dirigirse a las más importantes universidades del Norte y el Sur de América, para que se conozcan los detalles del atentado y pueda evitarse la consumación de un crimen peor aún que el cometido en Panamá: Roosevelt mutiló a Colombia, pero ahora se trata de acabar con cinco repúblicas en beneficio de una nación extranjera que quiere precaverse de reales o imaginarios peligros, olvidando que también aquellos pueblos tienen instinto de propia conservación y derecho absoluto a que se les deje crecer y desarrollarse, libres de tutelajes y de extrañas ingerencias en sus destinos.

El sentimiento público de Estados Unidos, sobre todo en los colegios y universidades, es francamente hostil al imperialismo. Puede entonces asegurarse que cuando profesores y estudiantes sepan la verdad y se informen debidamente de la situación centroamericana, serán los primeros en clamar contra los procedimientos de la Secretaría de Estado y contra el inmoral Convenio de 1914, que tanto deshonra a los traidores nicaragüenses como a la patria de Washington y de Lincoln.

Este movimiento de opinión podría orientarse en el sentido de que el Tratado Bryan-Chamorro se someta al estudio de un Tribunal Interamericano, cuyo fallo acerca de su legalidad o ilicitud se comprometieran a respetar las Partes interesadas.

Todos sabemos, ciertamente, que el imperialismo es el mayor enemigo del arbitraje. Lo demuestra con claridad meridiana este caso concreto de la América Central, porque además del fallo de la Corte de Justicia fundada por la Casa Blanca, violó también la propia Casa Blanca el Laudo del Presidente Cleveland, ilustre y justiciero mandatario norteamericano.

Pero de algún tiempo a la fecha el Gobierno de Washington ha seleccionado como platos favoritos, y defendido con tan caluroso entusiasmo la conciliación y el arbitraje,

que nada se pierda con predicar y recetar lo que predicar y recetan los altos funcionarios de la Secretaría de Estado.

Recuérdese con qué indescriptible alborozo anunciaron los periódicos semioficiales de la Federación del Norte el buen éxito rotundo que alcanzó la Conferencia Panamericana, reunida en la capital anglosajona durante las tres últimas semanas de 1928 y la primera de 1929.

El Tratado General y los dos Protocolos multilaterales suscritos por las veinte Delegaciones que asistieron a la Conferencia, constituyen, según opinión de expertos juriconsultos, el más firme y seguro avance que registran los anales de la Historia en materia de arbitraje internacional. Y declaró entonces el señor Kellogg que, por consiguiente, todos los conflictos del nuevo Mundo se podrán solucionar pacíficamente.

¿No quiere esto decir que si las naciones despojadas de sus legítimos derechos por el Tratado Bryan-Chamorro llamasen a cuentas al régimen esclavista de Nicaragua, y como consecuencia de la presión ejercida por las universidades demandaren justicia ante un Tribunal Interamericano, Washington por decoro tendría que aceptar el arbitraje? Su desprestigio en todo caso sería definitivo, si en interés de planes monstruosos de expansión y de conquista, se atreviera a destrozar una vez más su propia obra el Gobierno de la gran democracia anglosajona.

No es posible creer, por otra parte, que toda la celebrada y aplaudida labor de los tratadistas a quienes suele llamarse "grandes cabezas" del Continente Americano, se siga reduciendo a discutir y redactar luminosos códigos metafísicos, que nunca se llevan a la realidad cuando está de por medio la fuerza del imperialismo.

Ninguna oportunidad tan brillante como la que ofrece el caso de Centro América, para medir al Gobierno de Washington con la vara pacifista que tan cálidamente recomienda; ninguna ocasión tan propicia para saber hasta dónde llega su buena fé; nada en resumen tan a propósito para ensayar la sinfonía del Norte, que acabará con dificultades y conflictos a juzgar por lo que dicen sus inspirados compositores.

De aceptarse la sugestión esbozada en estas páginas, debería iniciarse el movimiento universitario con tanta mayor urgencia cuanto que durante su visita de exploración a Hispano América, antes de tomar el mando, hizo ver el Presidente Hoover en el puerto de Corinto la necesidad de construir sin pérdida de tiempo la nueva ruta canalera. Y en radiogramas del 10 de enero de 1929, transmitidos del acorazado "Utah", los corresponsales que acompañaban al gobernante electo dieron la noticia de que el Gobierno del señor Hoover iniciaría, tan pronto como fuese posible, la apertura del Canal de Nicaragua.

Posteriormente el Senado Americano, en asamblea del 23 de febrero del año en curso, aprobó una resolución del Senador Walter Edge por la cual se autoriza al Ejecutivo para invertir \$ 150,000.00 en estudios preliminares, con objeto de construir el Canal interoceánico de referencia y establecer la base naval en el Golfo de Fonseca.

Se publicó además, en 15 de junio próximo pasado, la noticia cablegráfica sensacional de que el régimen nicaragüense de Moncada, sucesor de Díaz y de Chamorro, dió ya autorización a sus protectores de Washington para iniciar, sobre el terreno, los estudios, trazos y medidas a que se refiere la moción Edge en líneas anteriores mencionada. Y una semana después, inesperadamente, otorgó igual permiso el Gobierno de Costa Rica, por abarcar territorio de dicha República la zona del Río San Juan.

De modo que, por lo visto, para Washington el Tratado Bryan-Chamorro es asunto concluido y los derechos canales no admiten réplica. Pero para la América Central es y será dicho Protocolo causa constante de desconcierto y, en definitiva, certificado de defunción.

Conclusiones y Comentario Final Acerca del Peligro que Corre Centro América

Que el Presidente vendedor de rifles José María Moncada siga la política entreguista de Emiliano Chamorro y

Adolfo Díaz en Nicaragua, nada tiene de extraordinario.

Moncada llegó al poder después de haber hecho un arreglo en Tipitapa con el coronel Stimson, representante personal del Presidente Coolidge, y de haber celebrado en Washington varias entrevistas con el Secretario de Estado Kellogg. De la capital saxoamericana salió ungido el nuevo mandatario con óleos de la Casa Blanca.

Es pues una hechura del imperialismo. Traicionó a los rebeldes que en 1926 y en 1927 derramaron su sangre luchando por lá libertad de su patria. Traicionó a los visionarios quijotes mexicanos que prestaron su apoyo desinteresado a la revolución constitucionalista. Es el digno sucesor de los "vende patrias" nicaragüenses de 1909 y años posteriores. Forma parte de ese grupo sin decoro de políticos mercenarios de Managua, al cual asimismo pertenece el celeberrimo doctor Juan Bautista Sacasa, que fué Ministro de su infortunado país ante el Gobierno anglosajón que poco tiempo antes lo había desconocido y humillado.

Pero parece en cambio inexplicable que el Gobierno de Costa Rica también haya permitido que en su territorio tomen medidas y tracen planos ingenieros oficiales de Estados Unidos, con el fin de dar principio a la construcción de la ruta interoceánica común a las dos repúblicas centro-americanas.

La autorización del Gobierno costarricense implica un reconocimiento tácito del Tratado Bryan-Chamorro, que acabará sin remedio con la América Central y dejará convertido a México en jamón de emparedado, si de acuerdo con las estipulaciones de aquel Convenio ilícito se construye el Canal militar y estratégico de Nicaragua.

Al aprobar Costa Rica que se ponga en práctica la moción del Senador Edge ha pasado voluntariamente, con mengua de sus derechos materiales, de su honor y de su prestigio, por las horcas caudinas de la negociación ignominiosa de 1914. Esta actitud es tan torpe y execrable como lo sería la de Honduras y El Salvador, si permitieran que en el Golfo de Fonseca Washington tomase providencias para establecer la base naval. cuyos derechos pretende haber ob-

tenido el imperialismo de Díaz y de Chamorro.

No se diga que el simple hecho de dar licencia para que se hagan estudios carece de importancia, puesto que la moción Edge se basa clara y concretamente en los derechos adquiridos por el Tratado Bryan-Chamorro de 1914.

Dé manera que la situación es clara. Centro América está atravesando por uno de los momentos más críticos y trascendentales de su historia. La construcción del Canal, según los términos del Tratado tantas veces referido, acabará sin remedio con las cinco repúblicas istmeñas. Si los centroamericanos conscientes no abren los ojos y defienden el porvenir de sus pueblos, enfrentándose a la realidad con toda decisión, en el curso de muy pocos años la América del Centro habrá dejado de existir.

Y no será lo más grave que desaparezca un pequeño grupo de naciones indefensas, que al fin y a la postre siempre han sido los débiles pasto de los fuertes, sino que los gobernantes de aquellas repúblicas sean los más sumisos servidores y aliados del imperialismo, y que con su indiferencia se hagan cómplices del crimen estadistas e intelectuales de gran influencia en la opinión pública centroamericana.

Dije alguna vez, y hoy debo repetirlo, que Bélgica pudo ser destruida pero jamás envilecida durante la guerra europea. El caso actual de Centro América es por desgracia bien distinto. Allí han hecho escuela los Chamorros y los Moncadas. El espíritu de Bruselas no es precisamente el espíritu de Managua, a merced de testaferreros esclavistas.

Queda, sin embargo, la esperanza de que hagan sentir su fuerza los elementos representativos del alma nacional centroamericana. No todo ha de ser en esos países corrupción y pasivismo. En Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Nicaragua hay hombres de gran visión patriótica, y han podido formarse organizaciones nacionalistas que con su empuje, su protesta y el apoyo del movimiento universitario, todavía pueden evitar que se consuma el atentado.

Laborar porque se resuelva este problema haciendo que

acabar con nuestros pueblos: la fuerza bruta sin complicidades vergonzosas en el propio corazón del Continente indoespañol; la fuerza de grandes ejércitos destructores de ciudades, de vidas y de haciendas; la fuerza del poderoso cebándose en el débil y haciendo pedazos su estructura externa; la fuerza bárbara sin poder bastante para domeñar el sentimiento invencible de naciones con tradición honrosa de altivez.

¡Que al fin de cuentas sepa el mundo que pudimos como Bélgica ser destruidos, pero jamás envilecidos!

Por fortuna para Centro América, en el momento histórico que vive la humanidad, no será posible que se la destroce a cañonazos.

Ya pasaron esos tiempos. Ni los Estados Unidos se atreverían a hacerlo, por presión de su propio pueblo, ni las demás naciones del mundo lo permitirían.

Para desembarcar marinos en Nicaragua cuenta hoy el imperialismo con aliados nativos que solicitan su apoyo y celebran sus matanzas.

Cuando no puedan prosperar en nuestras repúblicas los Díaz, los Chamorros ni los Moncadas; cuando acabemos con la inmoralidad política y luchemos contra la putrefacción que atrae a los buitres ávidos de festín; cuando nuestros prohombres sean respetables y no despreciables; cuando surja vigoroso el movimiento nacionalista; cuando tengamos un ideal supremo, un gran ideal de patria por sobre todas las cosas y por sobre todas las pasiones, habremos salvado nuestra independencia.

La victoria es y tendrá que ser de los pueblos dignos, de los pueblos sanos, de los pueblos que lleven forrado el pecho con una fuerte coraza de honradez cívica.

The Canal of Nicaragua

by

Vicente Sáenz

**Lectures and Discussions of Round Table,
Paraninfo of the Universidad Nacional de México,
July 24th, 1929.**

**Talleres Gráficos "Michoacán".
5a. San Jerónimo 137 B.
MEXICO, D. F.**

Central America passes through one of the most critical and transcendental moments of her History. The building of the Canal of Nicaragua, according to the terms of the 1914 Bryan-Chamorro Treaty, will unavoidable end with the Central American Republics.

If the conscientious citizens of said countries do not open their eyes and protect their people's future by facing the truth with determination, in the course of a few years Central America will not exist.

The disappearance of a small group of defenseless nations, keeping in mind that the weak have always been the prey of the strong, is not the most serious thing, but the fact that the rulers of those Republics are the most submissive servitors and allies of Imperialism, and that politicians and intellectual men, who have decisive influence in Central America's public opinion, are aiding this crime by their indifference.

During the European war Belgium could be destroyed but never vilified. The present case of Central America is unfortunately quite dissimilar. The Chamorros and Moncadas have made legions of disciples there. The spirit of Brussels is not the same as the spirit of Managua, at the mercy of slave-dummies.

There is the hope, nevertheless, that the representative elements of the Central American national soul will show their strength. Not only corruption and passiveness reign in those countries. In Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica and Nicaragua there are men of great patriotic vision, as well as organizations devoted to their native lands.

If after having exhausted every available means within our reach, violence prevails and imposes itself; if notwithstanding all efforts made, Imperialism overpowers us with its crushing force; if the voice of reason is not listened to but overcome, there will at least remain in History the fact that the Central American themselves were not the ones who gave up their independence, feeling convinced that it was better to be men without a mother country than to be sons of a prostituted nation.

That after all the world may know that, as Belgium, we could be destroyed but never vilified!

Antecedents

Since the beginning of the past century the construction of an interoceanic route through Panama, Tehuantepec or Nicaragua started to be a subject of extensive study and serious thought.

It was then considered that this large enterprise should be an international work of real benefit for the progress of humanity, free from the absolute dominion of only one great Power and, therefore, without any other sovereignty over it than that of the State which would offer to the world part of its territory to unite the Pacific with the Atlantic.

Aaron Clark, New York City Mayor, pointed out in 1838 the convenience of his Government entering into negotiations with Nueva Granada, Central America and the most important European nations, for the purpose of accomplishing together the gigantic canalage work.

President Van Buren commissioned John L. Stephens to study, on the spot, the different practicable routes. Stephens warmly recommended the project of building the canal through Nicaragua, but the American Executive decided to postpone his offers on account of the abnormal conditions prevailing there.

Years later firm negotiations were started with the Government of Nueva Granada, which negotiations ended on December 12th, 1846, with the Mallarino-Bidlak Treaty of Amity and Commerce. In accordance with Article 35 of this Covenant, Washington obtained the right of transit through the Panama Isthmus; Nueva Granada held the right of possession and sovereignty over the territory to be occupied; and the Government of the United States obliged itself to guarantee not only said sovereignty but also the complete neutrality of the Isthmus.

The exchange of ratifications took place in the Capital of the United States on June 10th, 1848, with the mediation of the Plenipotentiaries Herrán and Buchanan. According to said Protocol the Panama Railroad Company was organized in 1850, and some time later began operating the first kilometers of track of the interoceanic railway.

While this Covenant which would give the United States accession to Panama was being negotiated, the Mexicans and the Americans were engaged in the War of 1846-1847, caused by the annexation of Texas in 1845 by the Washington Government. The results of this war are very well known: Mexico lost half of its territory, having to sign on February 2nd, 1848, the Peace Treaty of Guadalupe Hidalgo.

However, as if President Polk were not satisfied with the enormous area of land snatched from his neighbors, he tried to obtain besides the right to construct interoceanic routes in Tehuantepec, by paying \$ 5.000.000. To that effect, Commissioner Trist took with him an additional Protocol in which this concession was included in the peace terms.

During the same time Secretary of State Buchanan gave instructions to the American Minister Saunders in Madrid to offer up to \$ 100.000.000 to Spain, for the Island of Cuba. Simultaneously Washington was making urgent arrangements with Nicaragua, for the purpose of getting the Government of the small Central American Republic to grant to the United States the exclusive authorization to construct canals, railroads or other means of communication across her territory.

This new self-expansionist American policy displeased Great Britain which was also interested in opening a canal that would link the two oceans, giving her at least a relative preponderance on the Atlantic as well as on the Pacific. The London Government could not patiently see the United States trying to control all the routes, due to the geographic position of her dominions on land and water in America:

Canada, British Honduras, The Bahamas, Bermuda, Jamaica, the Lesser Antilles and British Guiana.

President Polk in the meantime started to use the Monroe Doctrine in his support, giving it since 1848 the wrong interpretation on which today Imperialism stands, to protect its interests and to justify its outrages, not defending but disgracing the rest of the Continent.

Whether it was to avoid serious conflict with the powerful Albion, or whether it was because the American statesmen did not back the newest monroist thesis nor the White House expansion tendency, the fact is that the Treaty of 1849 with Nicaragua could not be ratified and that the Chargé d'Affaires in Managua, Elijah Hise, was, to be exact, discharged from his diplomatic post because he exceeded his functions while negotiating it.

On the other hand, once the project to have control in Tehuantepec failed and having the Spanish Kingdom's Minister, Marquis of Pidal, flatly rejected the American Government's proposition to buy the Cuban Island, President Polk could not make his dreams come true. He was half a century ahead in figuring and trying to carry out what was reserved for his distant successors McKinley, Roosevelt, Taft and Woodrow Wilson.

Clayton-Bulwer, Cás-Irizarri, Ayon-Dickinson and other Treaties

On April 19th, 1850, John M. Clayton, Secretary of State in the American Government, and Sir Henry Lytton Bulwer, Representative of His British Majesty, signed the well-known Treaty which bears the name of both Plenipotentiaries, as the two Governments wished to end the difficulties and discussions previously referred to.

This Clayton-Bulwer Treaty, which also provided for the opening of the Canal by private concerns under the protection and guarantee of all the nations that were willing to adhere to it, so as to maintain its neutrality, was similar in not few of its aspects to the plan subsequently established

in the Constantinople Convention of 1888, to regulate the Suez Canal.

Washington and London bound themselves not to obtain nor to keep any control on the canal route that would be constructed by the way of the San Juan River in Nicaragua; not to build any fortifications to dominate same; not to occupy nor to colonize the coasts of Mosquitia, Nicaragua, Costa Rica or the rest of Central America; not to exercise any dominion over the States of the Central American Isthmus; to use their good offices with the Governments of that part of the Continent whose territory the canal would cross, in order to facilitate its construction, with the understanding that the great work would be guaranteed as an inviolable route by virtue of its neutrality; and to invite each one of the countries with which one or the other of the contracting Parties were maintaining friendly relations to enter into similar arrangements, so that the honor of having helped toward the completion of an enterprise of such importance and great universal interest could be divided among the greatest possible number of nations.

At the same time those two Powers entered into the agreement of offering their most ample protection to the person or company which, with the permission of the interested Governments of Central America, would proceed to open the Canal; and they agreed that said protection would also be extended in favor of the other practical routes of Panama and Tehuantepec.

“The American Atlantic and Pacific Ship Canal Company”, controlled by Vanderbilt’s interests, was the first big private enterprise to obtain the right of transit through the San Juan River, and succeeded, although making stop overs, in carrying the interoceanic transportation service. But the contract with Nicaragua was annulled on February 18th, 1856, by the filibuster William Walker, who granted the concession to his protectors Morgan and Garrison. These new concessionaires, due to the Central American war against the Anglo-Saxon buccaneering,

could not carry through their working plans.

In November, 1858, Washnigton and the Nicaraguan Executive entered into the Cass-Irrizarri Treaty of Amity, Commerce and Navigation. Nicaragua granted the United States the right of transit through her territory, by water or land, using any means of communication then existing or that could be constructed under the authority and sovereignty of the Managua Government.

On June 21st, 1867, undoubtedly because the previous agreement had not been perfected, Andrew B. Dickinson and Tomás Ayón, Secretary of Foreign Relations in said Central American Republic, signed a new Protocol whose terms were very much like those of 1858.

It may be noticed that in both Treaties Washington only obtained the right of transit, without pretending to have an exclusive control of the ocean-to-ocean route that could be built, as Nicaragua reserved for herself ample dominion and unrestricted sovereignty over the projected interoceanic way of communication.

Great works of Lesseps in Panama and of Menocal in Nicaragua

It was not until March 1880 that President Hayes, in his Message to Congress, declared that the policy of his country required a canal from the Atlantic to the Pacific under control of the United States, and that it was not possible for the American Union to abandon same and to let it be under the dominion of European Powers. He insinuated afterwards the urgent need of entering into equitable and liberal negotiations with those Governments of the Old World which had Treaties with Washington in that respect.

President Hayes undoubtedly referred to the Clayton-Bulwer Treaty, and it may be asserted that the intention of the Anglo American Executive was to discourage with his warning the French interests who were getting ready to construct the Panama Canal, in accordance with the terms of the concession that Lucien Bonaparte Wise had obtain-

ed from the Government of Colombia, on March 20th, 1878.

In 1881, notwithstanding Presidente Hayes's significant words, the "Universal Company of the Panama Canal", managed by the famous engineer Ferdinand Lesseps, became at last organized and commenced to work.

Was the American State Department trying to counteract France's inevitable influence on the Panama Isthmus, by entering into an agreement with Nicaragua on December, 1884, not only to obtain the right of transit but also to carry out definite canalage work? According to the clauses of this new Protocol the Canal would be the property of both contracting Parties, which doubtless involved a plain violation of the Treaty of 1850 with England.

Whether it was due to the fact that Great Britain again presented its objections or that the public sentiment in the United States did not still consider indispensable to control this canal route, or for both reasons, the only thing finally known was that in 1885 the White House discontinued said negotiations in the Senate. To back its attitude it set forth as the principal reason that such perpetual alliance with a foreign nation was against the traditional policy of the United States.

In 1887 A. G. Menocal and other capitalists mainly from North America, obtained from Nicaragua the concession to open the canal route; and as Costa Rica had territorial rights in it which would be affected, the concessionaires in 1888 entered into a similar agreement with said Republic.

Menocal incorporated his company in 1889, under the name of "The Maritime Canal Company of Nicaragua", about the time when Lesseps' organization failed sensationally. Work started in October of that same year and was continued without interruption up to 1893 when it stopped for lack of funds.

It seemed that the two companies were waging an intense competitive campaign of failures, because just as Menocal started his great work across Nicaragua, in 1889, precisely when the French corporation discontinued its work

in Panama, the latter organized itself again in 1894, a few months after the money of the American concessionaires gave out.

As "The New Company of the Panama Canal" did not succeed either, there was a time when the shareholders of the Panama route and those of the Nicaraguan route turned to Washington as their only hope of salvation and offered to the American Government their properties with all their rights.

The White House appointed a committee of engineers and experts to study the propositions and to investigate which of the two projects offered more advantages. The experts found the Panama route more practicable but recommended that of Nicaragua, in view of the high price (\$ 109,141,500) in which the French valued their rights and investments.

Notwithstanding the urgent need of both Companies to come to terms promptly, the American Administration was not in a hurry but made its plans without haste and was weighing and measuring carefully the possibilities of success or failure.

It seemed that the United States Government did not want to appeal to the Monroe Doctrine to plunge fully into a problematical adventure. In fact, the fatal hour, the decisive hour of expansion and unrestrained Imperialism which tramples and subdues everything had not struck.

War with Spain.—Zone of influence in the Caribbean

On April 21st, 1898, for humanity's sake favoring the Cuban rebels, and under the pretext of the blowing up of the U. S. S. "Maine", the war between the United States and Spain began. With the victory of Washington the great zone of American influence in the Caribbean inevitably started then.

The Protocol of August 12th, 1898; the Treaty of Paris of December 10th of that same year; the Platt Amendment adopted on June 12th, 1901; the Treaty of Havana of May

22nd, 1903, were the first ripe fruits of the military conflict with Spain.

According to these Conventions the victorious Power retained Porto Rico and other islands in its proximity, which were until then under the sway of Spain, and Guam and the Philippine Islands in the Pacific Ocean.

Cuba, which had so heroically struggled for her independence, scarcely obtained it halfway on May 20th, 1902, being compelled to fully submit to the control of the United States in accordance with the Constitution that was to direct her destiny; binding herself to sell or to lease to the Washington Government land and harbors at certain points for naval and coaling stations, such as Bahía Honda and Guantánamo; and promising beforehand to sign and ratify her semisovereign condition in an international agreement (Clause VIII of Platt Amendment), which originated and explains the already mentioned Havana Treaty of May 22nd, 1903.

So President McKinley's armies opened the way for Imperialism in the West Indian Archipelago; and by the right of conquest, by the right of the victor over the vanquished, they secured for their country full control or political and economical jurisdiction, not only over Cuba but really over a territorial extension comparable with that which Mexico had to deliver by the Guadalupe Hidalgo Treaty of 1848.

Thus the proposition made to Spain 50 years before by President Polk was not only carried out with less expenses, but with greater and safer material advantages to the United States.

Mc Kinley's statement on the interoceanic route.—Hay-Corea. Hay-Calvo and Hay-Pauncefote Treaties

At the same time the American Government had begun to unfold its open policy of exclusiveness as regards canal matters, a strategical policy expressed in the following words by President McKinley in his Message of 1898: "The construction of the interoceanic Canal is now more than ever

indispensable for the rapid communication between our East and West coasts. The national safety of the United States demands that this work be controlled by us."

The powerful Government was no longer in accord with the standard proclaimed by Aaron Clark, followed by Van Buren, maintained through the dismissal of Elijah Hise and protocolized in the Treaty with England. On the contrary, five decades afterwards the daring and aggressive spirit of President Polk predominated in Washington. The moment for expansion had arrived, an event of supreme importance to the weak nations within the area that Imperialism wanted to control.

It is true that the Clayton-Bulwer Treaty was an obstacle to the designs of the North American preponderance, but on February 5th, 1900, a new agreement was made between the United States and Great Britain, by means of which the mutual obligations contracted by both Powers in 1850 were annulled.

Immediately, without loss of time, the American Government began negotiations with the Nicaraguan and Costa Rican Republics. On December first of the same year (1900), John Hay, Secretary of State, and Luis F. Corea, the Nicaraguan Minister at Washington, agreed to a Protocol by which both Governments bound themselves to make definite arrangements in order to fix the plan and establish in detail the necessary conditions for the construction of the Canal in that part of the territory pertaining to Nicaragua. In this agreement it was also stipulated that when the President of the United States were authorized by law to proceed on a firm basis, the control and property of the interoceanic route would be defined.

On the same first day of December, 1900,—the ink on the last agreement being still wet—Hay, the above mentioned Secretary of State, and the Costa Rican Minister, Joaquín Bernardo Calvo, signed another Protocol exactly the same in its wording as the one negotiated with Nicaragua, because the Canal project affected Costa Rican territory.

In the meantime England had made some objections to

the above mentioned agreement, dated February 5th, but finally Lord Pauncefote, Representative of His British Majesty, and John Hay, the active American Secretary of State, signed the Treaty of November 18th, 1901, of which the following is a synthesis:

"Both Parties desiring to facilitate the construction of a Canal between the Atlantic and the Pacific, through any of the practical routes, and in order to remove any objections which may arise from the Clayton-Bulwer Treaty, and so that the Canal may be built under the auspices of the United States Government, Great Britain agrees to its construction by the United States, whether directly and at their expense, or by donation or loans to private individuals or companies, or by the acquisition of shares of stock; so that only the United States will be entitled to the rights inherent to that construction, as well as to the exclusive right to maintain, regulate and manage said canal."

Washington was satisfied. Exactly as planned, and in accordance with its wishes, all the parts of its program were being carried out. The compromises inherent to the Clayton-Bulwer Treaty having been cancelled, the Canal could be constructed without any interference from outside sources and fortifications could be built to control it. It is true that its neutrality was kept by virtue of the Hay-Pauncefote Agreement, but said neutrality was only and exclusively guaranteed by the Government of the United States.

Misunderstandings between Washington and Colombia.— Hay-Herrán Treaty.—Independence of Panamá

New commissions of experts glanced for the last time over the two routes and heard the definite proposals of the contractors who failed in Panama and Nicaragua. A decision had to be reached at the earliest possible moment. A final resolution had to be taken in order to start off hand the great undertaking.

The Department of State understood that neither Costa Rica nor the President of Nicaragua were disposed

to relinquish the sovereignty over the territory that could be required; and also was able to verify that the rulers of both countries were ready to appeal to the Hay-Calvo and Hay-Corea Protocols of December first, 1900, in which the waiving aside of sovereignty rights or of territorial integrity were not stipulated.

Washington at last choosed the Panama route when, on January 4th, 1902, the French promoters reduced their pretensions to \$ 40,000,000. A few months afterwards, on June 28th, the Congress of the United States authorized the President to obtain, within a reasonable period of time, the control of the necessary Colombian territory for the canal route.

It was also impossible, as in Central America, that the Bogotá Government would accede to the absurd demands of Imperialism that strived to obtain authorization to occupy the Naos, Perico, Culebra and Flamenco Islands; to establish North American Courts of Justice and North American Police Service in the projected Canal Zone; and even to have the cities of Panama and Colon under its control.

However, facing the risk of loosing everything, and as an unquestionable proof that Colombia did not refuse her cooperation to the great enterprise, the Hay-Herrán Treaty was signed on January 22dn, 1903, in which some of the already mentioned stipulations were inserted.

This Treaty was ratified in less than two months, on March 17th, 1903, by the American Senate. But in October the Colombian Congress closed its sessions without having approved it. The Colombian people openly condemned this Covenant the more so because Mr. Beaupré, United States Minister, had intended to impose it by means of futile threats and official communications tainted with insolence.

However, the die was cast; Washington could not stop; Imperialism was not going to fall back for such a small matter, as it must appear to the strong, the refusal of those who have no battleships or long range guns to defend their rights.

On November 3rd. the independence of Panama was declared. The American Government recognized the new Republic on the 6th, seventy two hours having scarcely elapsed since the Panama Municipal Council had issued its famous separatist declaration.

United States marines immediately backed the resolution of President Roosevelt, shamefully violating and misconstruing the words and the spirit of the Treaty of 1846. They were landed on the Isthmus to protect and keep neutral the interoceanic railway zone, preventing the Colombian forces from punishing the betrayers!

Bunnau-Varilla Treaty

On November 18th. John Hay and Phillipe Bunnau Varilla, a French citizen who was in Washington waiting for his appointment as Envoy Extraordinary and Minister Plenipotentiary of the new Republic of Panama, signed the ignominious Treaty known by the name of said audacious foreign "diplomat" who in this way saved his investments in the frustrated French company.

The so-called Panama Provisional Government ratified this unheard of negotiation on the 2nd of the following December, without time enough to have on hand the original document nor to carefully study its clauses, as then the rapid service rendered by aviation did not exist. The American Senate was more scrupulous, if scruples can be had when violating rights, and did not ratify the monstrosity of this crime until February 23rd, 1904, with the understanding that the authorization given to the President to enter into negotiations with Colombia could be legally used in dealing with the Republic of Panama, as the necessary territory for the construction of the canal belonged to this latter country when the Treaty was signed.

In this way Panama was born, begotten by Imperialism in the womb of treason; by Roosevelt's concubinage with the Isthmian Commune; under the complete control of the United States; selling and delivering pieces of her territory; yielding fully to the will of Washington; submitting

to the shameful terms of the Bunnau-Varilla Treaty, the first article of which can be considered as a bitter irony, viz: "The Government of the United States binds itself to guarantee and support the independence of the Republic of Panama."

And so, irremissibly and fatally, the zone of influence in Central America was open also, a short time after it was opened in the Caribbean.

Nicaragua's tragedy.—Marines and battleships in action

Once the North American Government had controlled the Panama route, a new problem arose before the directors of the openly imperialistic policy of the United States: the necessity to protect the great enterprise from a military standpoint, preventing the San Juan River route from falling into the hands of European interests.

To that effect Colonel Roosevelt commissioned the concession hunter in Central America, Washington S. Valentine, a personal friend of President Zelaya, to take up this delicate matter with the Nicaraguan ruler.

Zelaya's negative answer in regard to the aims of the Anglo-Saxon Executive, who wanted to force upon Nicaragua a Treaty similar to the one signed by Bunnau-Varilla, determined the beginning of the tragedy in that unfortunate Central American Republic.

Roosevelt, who in his own country was being subjected to the most severe criticism on account of his attitude towards Colombia, preferred to stop all activities in Nicaragua. But the following Administration, headed by Taft and inspired by his Secretary of State Knox, adopted that same system which had such a brilliant success in Panama, of entering into arrangements with rebel factions, to control the Rio San Juan route.

In October, 1909, the rebellion out on the Atlantic coast of Nicaragua. Marines from the U. S. S. "Dubuque", the U. S. S. "Paducah" and from other American warships actively cooperated with the insurgents, hiding in every

way Zelaya's forces in order to prevent them from subduing the rebel movement.

Suffice it to say, so as not to enter into details regarding this bloody struggle, that ten months later men selected and backed by Washington's Imperialism were ruling in Managua; and that in 1912 the unequal fight reached an epic aspect, when the Nicaraguan people rose in arms, followed by patriots from Guatemala, El Salvador, Honduras and Costa Rica, against the disgraceful regime imposed by the Saxon-American Government.

Washington had to go to the rescue of its wards, landing in this victimized section of Central America 3,000 marines and 125 officers from the American war units "California", "Colorado", "Cleveland", "Annapolis", "Tacoma", "Glacier", "Denver" and "Buffalo".

This great nationalist rebellion was finally controlled with the taking of Coyotepe by the forces commanded by Colonel J. H. Pendleton and with the death of the hero sacrificed in his own country by foreign soldiers, Benjamín Zeledón, Sandino's glorious predecessor.

As soon as the "constitutionalist government" was in the hands of the creole instruments of Imperialism, headed by Adolfo Díaz and Emiliano Chamorro, the American Administration started to negotiate with them the acquisition of the desired canal route, after all the country's finances were already controlled by Wall Street bankers in connivance with the White House.

Weitzel-Chamorro Treaty

Through non-official channels the Costa Rican Government found out that President Díaz of Nicaragua had made a secret canal agreement, the Chamorro-Weitzel Treaty of February 8th, 1913, with the North American Executive's Envoy. It was also known that the Nicaraguan Congress, at the beginning of April of that same year, ratified said Covenant in secret meetings as well.

Being this act a violation of existing Treaties, Costa Rica's Minister in Washington, on April 17th, filed a

formal diplomatic protest adressed to the Secretary of State against the adjustment of said Convention by Nicaragua.

At the request of Costa Rica's Representative in Managua, the Nicaraguan Minister of Foreign Relations, Diego Manuel Chamorro, answered on June 12th. 1913, that the Protocol was kept secret for international reasons and that being not concluded it was impossible for him to make official statements of any kind.

Meanwile the American Senate was discussing said negotiation, rejecting it finally because with such a Covenant a tacit protectorate would be established over the Republic of Nicaragua; because of Costa Rica's, El Salvador's and Hondura's protests; and because in the opinion of several prestigious Senators, the Adolfo Díaz's regime, imposed by the blue jackets, did not represent the Nicaraguan people's will.

Bryan-Chamorro Treaty

But Imperialism did not fall back. If it had fostered since 1909 revolutions in Nicaragua to place its allies in the Government; if its faithful servant, Adolfo Díaz, was already in the presidential office; if at the request of this wretch, everything arranged by common consent, 3,000 marines were patrolling the small Republic and keeping him in power, would the White House and the State Department give up on account of the attitude of one wing of the Capitol? Could it be possible that their impetus regarding the Canal would diminish when all that they had done and their outrages had not other purpose than the acquisition of the interoceanic route?

Therefore a year later, on August 5th, 1914, Washington and Managua signed a new Pact known as the Bryan-Chamorro Treaty, which was negotiated like the previous one under strict secrecy on both sides. Although the protectorate clause had been suppressed, it was so severely attacked in the secret meetings of the Senate's Foreign Relations Committee that the State Department decided to lay it aside.

Nothing was known about this matter during the remainder of 1914 and all of 1915. But in February, 1916, the American newspapers announced that the Canal Treaty with the Republic of Nicaragua would be placed before the Senators for their study and approval.

In view of these publications the Costa Rican Legation in Washington hastened to send the State Department a note, asking the White House Government to avoid perfecting said Covenant, because it was openly contrary to the existing Treaties between Costa Rica and Nicaragua.

The Ministers of El Salvador and Honduras took similar steps, as they considered that their rights in the Gulf of Fonseca were being injured. And Costa Rica's Legation's lawyer, Harry W. Van Dyke, sent a detailed memorandum to the Senate.

However all these efforts failed, as on the 18th of that same month and year, February 1916, the Treaty signed in Washington on August 5th, 1914, by William Jennings Bryan, American Secretary of State, and Emiliano Chamorro, Extraordinary Envoy and Plenipotentiary Minister of Nicaragua, was ratified and promulgated in the Capitol.

This sale of the Central American sovereignty embodies three ignominious articles:

In Article I Nicaragua gives over forever to the United States Government, free from all taxes or other public tolls, the necessary property rights for the construction, operation and preservation of an interoceanic canal by way of the San Juan River and the Great Lake of Nicaragua, or by any other route in Nicaraguan territory.

In Article II Nicaragua leases to the United States the two islands on the Caribbean sea, known as Corn Islands, for 99 years; and grants it for the same period of 99 years the right to establish, exploit and maintain a naval base in the Gulf of Fonseca. The Washington Government may renew the lease for another 99 years, it being expressly agreed upon by the high contracting Parties that the leased territory and the naval base will be subject to the laws and

supreme will of the United States.

In article III the payment of three million dollars in favor of Nicaragua's Government is stipulated.

It may be noticed that the control of the Canal route was not enough any more for Imperialism. Washington, furthermore, wanted and obtained from its wards the control of the Gulf of Fonseca, without even consulting the joint owners. Neither was it taken into account Costa Rica's opinion in negotiating the San Juan River and the Salinas Bay, notwithstanding that in previous Treaties (remember the Hay-Calvo Treaty of 1900), the Costa Rican nation's legitimate rights were always respected.

Díaz and Chamorro were throwing the helve after the hatchet with amazing lavish liberality, and would have given more away if Washington would have asked them for more. After all, it was someone else's property and it is not one's loss to dispose of another's belongings.

Protests from Costa Rica and El Salvador.—Demand before the Central American Court of Justice

When the notice relating to the Bryan-Chamorro Treaty ratification was published in Central America, and the shameful stipulations contained therein were made known, a unanimous outcry of condemnation and protest against this criminal attempt rose over the whole Isthmus, because Adolfo Díaz and Emiliano Chamorro not satisfied with bartering the sovereignty of their country for three million dollars, had also sold territorial properties of Costa Rica, El Salvador and Honduras, seriously endangering the independence of all Central America.

On February 21st. the Costa Rican Minister in Washington, and a few days later that of El Salvador, filed in the State Department a note containing their protests and objections condemning the already finished ratification of an illegal and void Agreement, because it violated unquestionable rights and was openly and fragantly opposed to previous international Treaties.

The Secretary of State, without loss of time, made it

known to the complaining Chanceries that upon the ratification of the Bryan-Chamorro Treaty the American Senate, with fifty-five ayes against eighteen nays, had deemed fit to amend the Protocol in the following way:

"Nothing stipulated in the present Convention is meant to injure any existing rights of Costa Rica, El Salvador and Honduras, which have protested against the ratification of the Pact, under the fear or belief that this might in any way injure their effective rights."

However the offended nations were not satisfied with the above mentioned explanation, as those rights were, in fact, already violated; they had been sold without their consent; and were part of the monstrous transaction which was illicit from its very conception.

Those countries could not grasp, they were at a loss to understand how President Wilson, World's heavy weight champion preacher of respect and equality between great Powers and small nations, could have authorized the carrying out of such plunder.

Central America's public opinion decided not to stand for this outrage; it cried out vigorously against the Nicaraguan slavers, nicknamed since then as the "Fatherland's sellers"; and forced the injured Governments to enter an action against the Nicaraguan Administration before the Central American Court of Justice.

This Court of Justice was created in 1907 under the auspices of Washington. It was established in accordance with one of the Conventions of Peace and Amity which the Plenipotentiaries of the five Isthmian Republics held at the Capital of the United States. A personal Representative of the President of the North American Federation, William I. Buchanan, and the Ambassador of Mexico, Enrique C. Creel, attended all the discussions. Consequently, Washington, with the cooperation of Mexico, inspired and patronized those Conferences which established the Central American Court of Justice.

What attitude would the State Department assume when this concrete case, in which its interests were involved,

would be presented before the High Tribunal of Justice and Arbitration? Would it respect the verdict of the international Jury? Would it destroy its own work if the sentence turned out to be adverse, by announcing the illegality and illicitness of the Bryan-Chamorro Pact?

The "Fatherland's sellers" tried not to recognize the jurisdiction and competence of said Court to pass judgment on the matter, but the staunch Magistrates allowed the allegations of the Parties to take their curse. Costa Rica entered her demand on March 24th, 1916, same being admitted in the proceedings of May 1st. El Salvador presented hers on August 28th, which was admitted on September 6th.

Violations Perpetrated by the Bryan-Chamorro Treaty

The Court, by a majority of four votes against the one of the Nicaraguan Magistrate Gutiérrez Navas, decreed that the Bryan-Chamorro negotiation violated:

a).—The Cañas-Jerez Boundary Treaty, between Costa Rica and Nicaragua, of April 15th. 1858, in the following Articles: IV. "The San Juan del Norte Bay, as well as the Salinas Bay, will be owned in common by both Republics; hence, will it be their advantages and their obligation to defend them..." VI "The Costa Rican Republic will have perpetual rights for free navigation in the San Juan River, from its mouth on the Atlantic up to three English miles before reaching Castillo Viejo. The vessels of either one of these countries can indistinctly anchor along the river banks in that part of same where navigation is customary, without levying taxes on each other unless same are established by the common consent of both Governments..." VIII. "Nicaragua binds herself not to close any canalage or transit contracts without hearing beforehand the Costa Rican Government's opinion about the inconveniences that the transaction might cause both countries".

b).—The Cleveland Sentence of March 22nd, 1888, whose Article I declares valid the Cañas- Boundary Treaty of 1858, and whose Article X textually reads as follows: "Nicaragua is under the obligation not to grant concessions

for canal purposes through her territory without first asking Costa Rica's opinion".

c).—The General Treaty of Peace and Amity made in Washington on December 20th, 1907, in Article IX which literally says: "The merchant ships of the subscribing countries (Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua and Costa Rica) will be considered as national vessels in the seas, coasts and ports of said nations; will have the same exemptions and franchises; and will not pay any taxes nor will have any other obligations than those which the ships of the respective country will be subject to".

d).—The legitimate rights of El Salvador and Honduras in the Gulf of Fonseca.

e).—The Constitution of Nicaragua, which decrees that the territorial integrity and the sovereignty of the Republic are inalienable.

The argument that Díaz and Chamorro had only given an option to the United States, could be refuted by stating that to cede forever means to transfer, having the American Government definitely obtained then, by virtue of that transfer and by paying three million dollars, the necessary and suitable exclusive property rights to construct the interoceanic Canal, including in that transfer the San Juan del Norte and Salinas Bays, owned in common by Costa Rica and Nicaragua.

The High Tribunal showed and demonstrated, with plenty of reasons, how and why the Government of Nicaragua was not qualified to lawfully carry out the so often referred to negotiation, and how the amendment of the American Senate was neither acceptable: on account of its inefficacy as the injury had already been done; because with said amendment things could not be restored to the legal state created by the Cañas-Jerez Boundary Treaty, and supported by President Grover Cleveland's decision; and because, at all events, when the Managua Congress approved the Canal Treaty it excluded, without the least scruple, that already mentioned amendment.

Díaz and Chamorro repudiated the Court and did not

accept its sentence. The American Federal Administration showed contempt. And not even in memory of Cleveland whose just decision had been trampled, neither in obedience of justice nor for the prestige and honor of the United States, was the decision of that Honourable Tribunal respected. Having been deadly crushed by Washington and Managua the Court passed away little afterwards, resting undisturbed up to the present day.

Opinion of several North American statesmen.—New invasion of Nicaraguan territory

It has now been demonstrated that the Bryan-Chamorro Covenant cannot stand from a moral standpoint the light of investigation, neither from that of justice nor from that of respect to others' property which the laws of God and men hold as sacred and inviolable.

The rights of Costa Rica, El Salvador and Honduras were secretly and outrageously bargained. The Constitution of Nicaragua was violated. Three joint owner nations were ignored and trampled on, as well as the greater part of the Nicaraguan people, when without their consent and rather with their disapproval the illegal sale of Central American territory was perpetrated.

The absolute and complete illegality of this Protocol has been acknowledged and confessed by American statesmen, whose patriotism no one would doubt. Elihu Root, in spite of his imperialistic attitude, so detrimental to Cuba as an unrelenting upholder of the Platt Amendment; Admiral Capperton, cruel oppressor of Haity; Senators Borah, King, Wheeler, Cummins, Kenyon, La Follette, Norris and McCumber, among others, have openly made known their criterion against such iniquitous negotiation.

It is worth the trouble to reproduce this eloquent paragraph taken from Senator Borah's famous speech of January 13th, 1917: "The Bryan-Chamorro Agreement is an unqualifiable breach of the most elemental principles of international decency. It was made with us. The so-call-

ed Nicaraguan Government had neither power nor authority to make it".

The violation nevertheless persists. And notwithstanding that what is contained in the clauses of that indecorous contract of bargain and sale is an unusual spoliation, we have seen and heard how in 1926 and 1927 Washington shamelessly proclaimed in a loud voice that marines were again landed in Nicaragua, in order to protect those Canal rights that were stipudated in the Bryan-Chamorro Treaty of 1914.

So, the armed contention of Americans against Nicaraguans had as its original object, in 1909 and 1912, the acquisition of the Canal rights referred to. And in 1926 and following years that struggle had no other aim but to prevent at all costs the success of probable enemies of the "strategic" policy of Washington.

Or, in other words, Zelaya in 1909 and the Central American patriots of 1912 were a hinderance to imperialism and had to be suppressed. The creole dummies allied to the White House were in peril at that time and in 1926, and there was then no other remedy but to uphold them in the name of the Bryan-Chamorro Treaty.

This last time 7.500 men were sent to Central America, well supplied with rapid-fire guns, cannons and plenty of ammunition, 8 battleships, 26 aeroplanes, 2 admirals, 4 generals, 5 colonels, 32 aviators and more than a hundred officers. An enormous war equipment sent to protect rights which in the light of reason do not exist, entirely null and void, intangible, against which no one was fighting on battlefields or shelling from unassailable fortresses!

With such an experience it is easily understood that the Central-Americans may figure and ponder. That is to say, they have arrived to the conviction that the disappearance of the five small Republics will be somewhat fatal and inevitable when what is now only on paper becomes a reality.

In fact, the American control of the Gulf of Fonseca will do away with three nations on the Isthmus dragging

Guatemala along. The construction, ownership and exclusive control of the Canal by the Washington Government; or, what is the same, the absolute sway of Anglo-Saxon power in the Canal route and adjacent territory, will be nothing else than the entire finish of Nicaragua and the death sentence to Costa Rica.

It is impossible that Central America, the conscious Central America, would oppose herself to the opening of a canal through her territory, as she considers it the heritage of mankind. But it is natural that she will not be disposed to bargain with the loss of her sovereignty or with the destruction of her nationality, and that she may make every effort towards preventing that works of such magnitude may be carried into effect, with apparent commercial purposes, but in fact essentially warlike by a single great Power.

Inconceivable passiveness of the actual Central American Governments

If the Governments of Central America had a clear notion of their duties; if they came down from the clouds to realize what is going on in the world; if they could remember that the future of seven million human beings is in the balance, and that they carry on their shoulders a tremendous historical responsibility, they would intervene, they would have intervened long ago in all this tragedy in order to demand from the mercenary politicians of Managua their robbery and their treachery.

They would have intervened, basing themselves on elemental principles of Justice and Right, so as to defend the shattered sovereignty of the people of those nations who, under the leadership of such chieftains, will soon disappear.

They would have intervened in order to tell those of the Conservative Party led by Adolfo Díaz and Emiliano Chamorro, first, and then the Liberals addicted to the new President José María Moncada, that they never had nor have any authority to offer Central American territory in auction.

They would have intervened in order to protest unceasingly against the criminal Treaty of 1914, doing so energetically

ically and with the full conviction that were fighting for the most sacred of all patrimonies.

And they would have taken advantage of the propitious occasions which presented themselves to them, such as the Peace and Amity Conference of 1922, the Pan-American Conference of Havana, the visit of President-Elect Herbert Hoover, etc., to explain and defend the point of view of their outraged and scoffed at countries.

But the men who by ill-fate are leading Central America have done nothing of the kind nor, unfortunately, do they seem decided to do anything. Such passiveness, such apathy have no bounds. They believe that by keeping silent they render homage to what they ingenuously and bluntly call diplomacy. Too insignificant to act as they ought to, notwithstanding their gold braid if they are generals or their titles if they are learned men, the truth is that they have closed their eyes and ears to the unanimous clamour of a whole race, being afraid to endanger themselves or to provoke the displeasure of Washington.

Action taken by Universities which could prevent the sacrifice of five Republics

Judging by what is happening all hope in official negotiations appears to be lost, but there still remains for Central America the recourse to initiate a great movement of opinion in order to save herself; that of appealing to the youth, to the intellectual power of the Continent, undoubtedly very mighty in the Anglo-Saxon Federation; and that of addressing the most important universities of North and South America so that they may know the details of the outrage and that the consummation of a crime worse than that committed in Panama may be prevented: Roosevelt mutilated Colombia, but now five republics are about to be wiped out for the benefit of a foreign country that wants to be on her guard against real or imaginary dangers, forgetting that those nations also have the instinct of self preservation and the absolute right to be allowed to increase and develop

free from tutelage and from outside interference in their destinies.

The public sentiment of the United States, especially in colleges and universities, is openly adverse to Imperialism. It can then be assured that when professors and students know the truth and are duly informed of the Central-American situation, they will be the first ones to protest against the procedure of the State Department and against the immoral Agreement of 1914, which so greatly discredits the Nicaraguan traitors as well as the country of Washington and Lincoln.

This current of public opinion could be directed in the sense that the Bryan-Chamorro Treaty be submitted to the study of an Inter-American Tribunal of Arbitration, whose decision about the legality or illegality of said Treaty the interested Parties should bound themselves to respect.

We all certainly know that Imperialism is the worst enemy of Arbitration. This concrete case of Central America very clearly shows it, because not only the decision of the Court of Justice established by the White House was violated by Washington, but also the verdict of President Cleveland, illustrious and righteous American mandatarly.

But as for some time past the Washington Government has chosen Conciliation and Arbitration as its favorite topics, and has defended them with such warm enthusiasm, nothing is lost by preaching and advising what the high officials of the State Department preach and advise.

Let us remember the indescribable joy with which the semiofficial journals of the Northern Federation announced the great success obtained by the Pan-American Conference that took place in the Anglo-Saxon Capital during the last three weeks of 1928 and the first one of 1929.

The General Treaty and the two Multilateral Protocols signed by the twenty Delegations that were present at the Conference constitute, in the opinion of expert jurists, the most solid and safe progressive step relative to international Arbitration, registered so far in the annals of History. And then Mr. Kellogg declared that, consequently, all the con-

flicts of the New World can be peacefully solved.

Does not this mean that if the nations that have been robbed of their legitimate rights by the Bryan-Chamorro Treaty would bring the Nicaraguan slave régime to account; and that as a consequence of the pressure brought to bear by the universities, they would demand justice before an Inter-American Tribunal, Washington then for decorum's sake would have to accept Arbitration? At any rate, its loss of prestige would be a positive fact if, for the purpose of great plans of expansion, the Government of the great Anglo-Saxon democracy would dare to destroy once more its own work.

On the other hand, it is not possible to believe that all the famous and extolled labor of the statesmen to whom it is customary to call the "great intellects" of the American Continent, may continue limiting itself to the discussion and writing of luminous metaphysical codes which are never put in practice when Imperialism's might is in the way.

No other opportunity is so excellent as that which is offered by the case of Central America for applying to the Washington Government the same peaceful measures that it so warmly recommends; no other occasion is so propitious to find out how far does its good faith reach; nothing, in short, is so appropriate to rehearse the symphony of the North which will end all difficulties and conflicts, if we are to judge by what its inspired composers say.

If the suggestion outlined in these pages is accepted, the university movement should be initiated with as much urgency as President Hoover during his visit of exploration to Spanish-America, before he took office, made known in Corinto the necessity of building the new canal route without loss of time. And by radiograms from the battleship "Utah", on January 10 th, 1929, the correspondents who accompanied the President-Elect gave the news that Mr. Hoover's Administration would initiate the opening of the Nicaragua Canal as soon as possible.

Later, the American Senate, in its session of February 23rd of the present year, approved a resolution of Senator Walter Edge whereby the Executive was authorized to spend \$150,000.00 on preliminary surveys in order to build the interoceanic Canal referred to, and to establish the naval base in the Gulf of Fonseca.

Besides, on June 15th last a sensational cable news was published stating that the actual Nicaraguan President Moncada, the successor of Díaz and Chamorro, had already authorized its Washington protectors to initiate, on the ground, the surveys, outlines and mensuration to which the already mentioned Edge motion made reference. And a week later, unexpectedly, the Costa Rican Government also granted a similar authorization due to the fact that the San Juan River zone includes some of the territory of that Republic.

So that, as may be seen, the Bryan-Chamorro Treaty is to Washington a matter of course and the Canal rights admit no discussion. But to Central America said Protocol is and will be a continuous source of troubles and her death certificate.

Conclusions and final commentary regarding the danger that threatens Central America

It is nothing extraordinary that the rifle-selling President José María Moncada may follow the giving-away policy practised by Emiliano Chamorro and Adolfo Díaz in Nicaragua.

Moncada came into power after having made an arrangement in Tipitapa with Colonel Stimson, President Coolidge's personal Representative, and after having had several interviews in Washington with Secretary of State Kellogg. The new ruler left the North-American Capital anointed by the White House.

He is, therefore, an Imperialism made-man. He betrayed the rebels that in 1926 and 1927 shed their own blood for the freedom of their country. He betrayed the Mexican quixotic visionaries who gave their disinterested support to the Constitutionalist revolution. He is the fit successor of

the Nicaraguan "Fatherland's sellers" of 1909 and following years. He is one of the group of mercenary and dishonourable Managua politicians to which also belongs the well known Doctor Juan Bautista Sacasa, who was Minister of his unfortunate country to the Anglo-Saxon Government, by which not long before he had been ignored and humiliated.

It seems inexplicable, however, that the Costa Rican Government could as well have permitted official engineers of the United States to make surveys and plans in her territory, for the purpose of beginning the construction of the interoceanic route in which both Central American Republics have common interests.

The authorization of Costa Rica's Government means a tacit recognition of the Bryan-Chamorro Treaty, which will hopelessly end with Central America and turn Mexico into a sandwich's ham filling, if in accordance with the stipulations of that illegal Covenant the Nicaragua strategic and military Canal is constructed.

By Costa Rica approving that the resolution of Senator Edge be put into practice, she has voluntarily passed through the gallows of the ignominious negotiation of 1914. This attitude is so delinquent as it would be for Honduras and El Salvador to permit Washington to prepare to establish the naval base in the Gulf of Fonseca, which rights the Imperialism claims to have obtained from Díaz and Chamorro.

Let it not be said that the simple act of giving permission to make surveys lacks importance, as the Edge proposition is clearly and concretely based on the rights acquired by the 1914 Bryan-Chamorro Treaty.

The situation is plain. Central America passes through one of the most critical and transcendental moments of her History. The building of the Canal, according to the terms of the so often referred to Covenant, will unavoidable end with the Central American Republics. If the conscientious citizens of said countries do not open their eyes and protect

their people's future by facing the truth with determination, in the course of a few years Central America will not exist.

The disappearance or a small group of defenseless nations, keeping in mind that the weak have always been the prey of the strong, is not the most serious thing, but the fact that the rulers of those Republics are the most submissive servitors and allies of Imperialism, and that politicians and intellectual men, who have decisive influence in Central America's public opinion, are aiding this crime by their indifference.

I said it once, and I must repeat it now, that during the European war Belgium could be destroyed but never vilified. The present case of Central America is unfortunately quite dissimilar. The Chamorros and Moncadas have made legions of disciples there. The spirit of Brussels is not the same as the spirit of Managua, at the mercy of slave-dummies.

There is the hope, nevertheless, that the representative elements of the Central American national soul will show their strength. Not only corruption and passiveness reign in those countries. In Guatemala, El Salvador, Honduras, Costa Rica and Nicaragua there are men of great patriotic vision, as well as organizations devoted to their native lands that by helping, approving and supporting the university movement may yet prevent the consummation of the outrage.

To work so that this problem may be solved causing Justice to prevail, is the imperious duty of the contending parties: of the men of the North lovers of their country who look toward the future, and of the Spanish-American nations which for their own convenience, ought to put into practice an energetic foreseeing and wise policy of mutual cooperation.

Experience shows that friendship is stronger and more effective than the treachery of renegade natives who have neither scruples nor morals; than the trampling of the powerful; and than imposition and violence.

American journalists, workers and enterprising as well as business men will, no doubt, also contend against the

immorality of this Treaty, as it has been done by Borah, Wheeler, King, Lippman, Root and by professors and students.

They will judiciously think that with loyalty, mutual esteem and civism on both sides, in Washington and Central America, the great Saxon Republic will be able to gain allies and then more surely guard its material interests.

Under the shadow of Grover Cleveland the Northern ones may find shelter. Decidedly and without fear Central America also finds shelter there. It is time yet. The question is not to remain inactive.

Let us fight the battle full of optimism. Let us fight without rest, with eagerness and determination. Let us be great of spirit and the small American nations will also be great due to the moral prominence of their men.

In this way, if after having exhausted every available means within our reach, violence prevails and imposes itself; if notwithstanding all efforts made, Imperialism overpowers us with its crushing force; if the voice of reason is not listened to but overcome, there will at least remain in History the fact that the Central American themselves were not the ones who gave up their independence, feeling convinced that it was better to be men without a mother country than to be sons of a prostituted nation.

If, at any rate, as our fatalists say, we are bound to perish, let force alone do away with our people; brute force without any shameful complicity from the very heart of the Spanish-American politicians; the force of great armies destroyers of cities, of lives and of property; the force of the powerful gloating over the weak and desolating his surroundings; the barbarous force that has not enough power to overcome the invincible sentiment of nations which have an honorable tradition of dignity.

That after all the world may know that, as Belgium, we could be destroyed but never vilified!

Fortunately for Central America, at this historic mo-

ment in which humanity lives, she is not in peril to be destroyed by cannon fire.

That time is past. Neither the United States would dare to do it, due to pressure brought to bear by its own people, nor would the other nations of the world allow such procedures to be employed.

In order to land marines in Nicaragua, Imperialism has native allies who ask for its assistance and celebrate its massacres.

When men like Díaz, Chamorro and Moncada cannot prosper in our countries; when we do away with political immorality and fight against the putrefaction that attracts the vultures spurred by greed; when our supermen are respectable and not contemptible; when the nationalist movement springs up vigorously; when we have a supreme ideal, a great ideal of patriotism above all things and above all passions, we shall have saved our independence.

Victory is and will be on the part of worthy people, of sound people, of people who have their breasts protected with a strong armour of civic honor.